



CENICERO, CIUDAD
(MCMIV - MCMLIV)



Gobierno
de La Rioja

Educación, Cultura y
Turismo

Dirección General de
Cultura

Biblioteca de La Rioja

R(P)
030

12.242.710

NO SE PRESTA

**LECTURA EN
SALA**



ESCUDO DE LA CIUDAD DE CENICERO

IMPRECACIÓN Y PRÓLOGO

POR JOSÉ M.^a LOPE TOLEDO
(CRONISTA OFICIAL DE LA RIOJA)

*V*ESTIDA con las galas cambiantes de tus campos, con el verde lujuriente de tus huertas, con el ocre rojizo de tus vides, tú eres, Cenicero, bien plantada, ribereña del Ebro, la más joven Ciudad de la Rioja.

Un rey de España, de Villa te trocó en Ciudad. Te granjeaste esa gloria hace ahora cincuenta años. No fué merced cortesana; fué cabal recompensa, que conquistaste, no en bélica epopeya, entre fragores de combate, sino en torneo de humanidad, entre pálpito de corazones.

Y el título se te confirió, sin que tú lo demandaras; porque en tu diligencia pusiste un gesto de natural sobriedad, y en tu esfuerzo, la elegante sencillez de quien hace lo que debe.

La catástrofe del Puente de Torre-Montalbo dió ocasión a tu timbre de gloria. Allí brilló tu caridad, y tu virtud entonces conmovió a España. Hace ahora cincuenta años.

Tus hijos de hoy quieren conmemorar aquel luminoso y humanitario proceder, y rendirte homenaje de admiración en estas páginas, que vienen a contarnos morosamente los trances del trágico suceso.

Pero no es que en este relato se resuma toda tu historia, Cenicero; ¡bien prolijos son tus anales, y harto copiosos, tus fastos!

Tiene tu nombre—Cinissarium—clara estirpe romana; sobre una de tus colinas se descubren vestigios de un castillo, y junto a tu caserío se columbran reliquias de un antiguo acueducto.

Tus campos fueron, en pasados tiempos, teatro de guerra y coso de mil hazañas de tus hijos, como lo sugiere un antiguo verso :

« pues se sabe que hay valientes
e ingenios en Cenicero . . . »

En tu solar nacieron también hombres de mente clara que te dieron prez: teólogos, como el Padre Arrúbal; literatos, como Esteban Cantón; juristas, como Luciano Bastida; Fray Juan de Montemayor, confesor real; Francisco Martínez, obispo de Canarias; Fernando Nestares, Marqués de Hinojosa.

Eres, Ciudad de Cenicero, crisol de historia por tu antigüedad, y lugar de respeto y veneración, por tus altos hechos. Tanto, que — como dijo Mariano de Cavia —

« al pasar por Cenicero
hay que quitarse el sombrero ».

SUMARIO: Imprecación y Prólogo, por José M.^a Lope Toledo.—Cenicero, Ciudad.—La Catástrofe.—Cenicero da el ejemplo.—Los trabajos de socorro y salvamento.—La noche de la tragedia.—Nobleza de sentimientos.—Atenciones y desvelos para con los heridos.—Los heridos dan su mejor muestra de gratitud.—Generosidad de Cenicero.—Doña Concepción Manso de Zúñiga.—Otros casos ejemplares.—Cómo lo cuentan los que lo vieron.—La concesión del título.—Honor y legado de nuestro título de Ciudad, por Ricardo Ruiz de Azcárraga.—Entornando los ojos, por Diego Ochagavía.—Autoridad y cooperación individual en la catástrofe, por José Frías Artacho.—La catástrofe del puente de Torre-Montalbo, por el Conde de Hervías.—Torre-Montalbo, solar y campo de dolor, por Alejandro Ruiz de Azcárraga.—Estampas de la catástrofe, por Luis Artacho Lagunilla.—La razón de ser Ciudad, por Horacio Frías.—Datos curiosos de los hechos acaecidos en Cenicero, en su último año de Villa y primero de Ciudad (1903-1904), por César Pascual Lagunilla.—Correspondencia oficial.—Defunciones inscriptas en el Registro Civil con motivo de la catástrofe.—

Información gráfica actual: Enseñat.—Fotografados: ESTUDIOS GAMA.

EDICIÓN REALIZADA EN LOS TALLERES DE IMPRENTA MODERNA.—DUQUESA DE LA VICTORIA, 22.—LOGROÑO

Subsecretaria
Sección 1.^a
Negociado 1.^o

S. M. el Rey (q. d. g.)
se ha dignado

expedir por este Mi-
nisterio el Real de-
creto siguiente:

"Deseando dar tes-
timonio público de
Mi Real aprecio
a la villa de Cenicero con motivo del
humanitario pro-
ceder de sus habi-
tantes en la catás-
trofe del puente
torremontalvo,
ocurrida el día
veintisiete de Ju-
nio del año próxi-
mo pasado, Vengo
en concederle el
título de Ciudad.
Dado en Palacio

a diez y nueve de
Enero de mil nove-
cientos cuatro =
Alfonso = El Mi-
nistro de la Gober-
nación: José Sau-
cher Guerra."

De Real orden lo
digo a V. S. para
su conocimiento
y satisfaccion de
la corporación que
tan dignamen-
te preside.

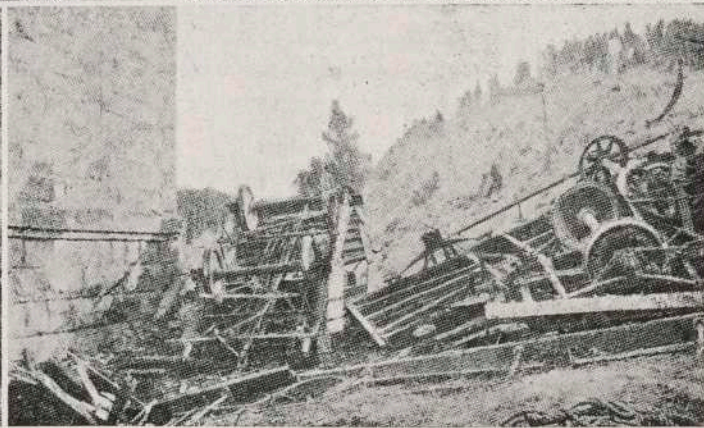
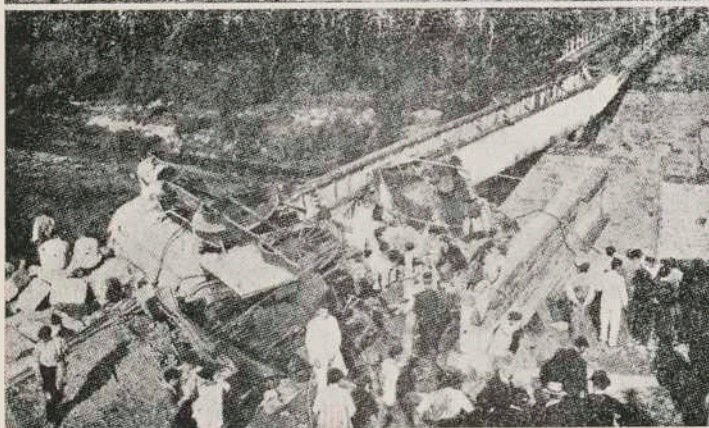
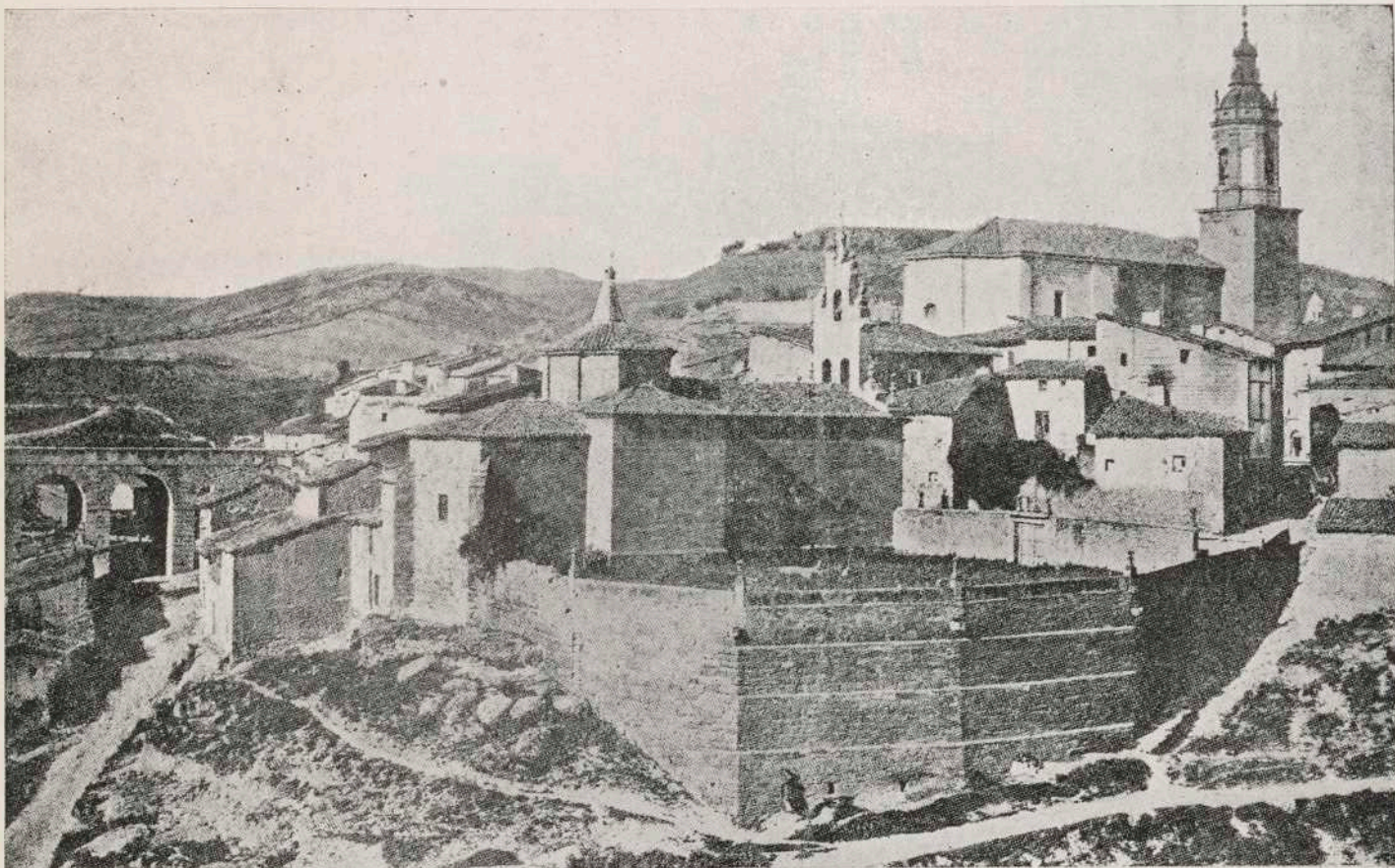
Dios

guarde a V. S. mu-
chos años. Madrid
- 19 de Enero. 1904

Almuerzo

Sr. Alcalde Constitucional de
la villa de Cenicero.

LA CATÁSTROFE DEL PUENTE MONTALVO. UN TREN AL RIO



Fotografías de J. Lacoste, A. Muro y Rivales

A la información que publicamos en nuestro último número acerca de la horrible catástrofe ocurrida en el puente de Torre Montalvo, agregamos hoy cuatro fotografías interesantes. La primera es la vista general de Cenicero, el pequeño pueblo cuyo vecindario por su comportamiento heroico y caritativo se ha hecho acreedor a la admiración universal. Sus vecinos han rivalizado en la misericordiosa tarea de curar a los heridos, consolar a los desvalidos y enterrar a los muertos. Sus escuelas públicas se han convertido en hospital de sangre; cada casa ha sido un asilo para los desamparados, cada mujer ha sido una hermana de la Caridad, cada hombre un peón más a salvar vidas. ¡Llor eterno a pueblo tan pequeño de caserio, pero tan grande de corazón! Alguien ha propuesto en *El Imparcial* que por suscripción pública se costee la edificación de unas escuelas en Cenicero como recuerdo de gratitud a su noble comportamiento. Es poco; pero poco y todo, merece nuestra conformidad más absoluta y nuestro concurso modesto y decidido.

Otras dos fotografías reproducen el estado del sitio de la catástrofe mientras se han realizado los trabajos de extracción de las víctimas, y la última es el retrato de la señorita doña Concepción Manso de Zúñiga, heroína de la caridad en esta horrenda tragedia. Joven, hermosa de rostro y más hermosa aún de alma, estuvo horas enteras, de día y de noche, socorriendo con sublime abnegación a las víctimas de la catástrofe, prodigando a los heridos dulcísimas frases de cristiano consuelo, rasgando sus vestiduras para vendar las heridas, levantando con sus delicadas y niveas manos hierros y tablones para dar vida a algunos infelices. Es la bondadosa señorita, hija de los condes de Hervás, el ángel del bien que se destaca con luz celestial en medio de las negruras de la desesperación y de la muerte.

La Srta. Concepción Manso de Zúñiga se ha hecho acreedora a las más altas recompensas por su abnegación y sus nobilísimos sentimientos. ¡Bendita sea!



CENICERO, CIUDAD

SIN desmentir en nada la fisonomía y virtudes peculiares de la grande y noble familia riojana, antes bien, prestándoles más honda reciedumbre y brillo más limpio como miembro destacado de ella y justamente orgulloso de su preclaro linaje, Cenicerero ha mostrado siempre, empero, rasgos de carácter propios, genuinos, entera y absolutamente suyos, que le han dado perfil y personalidad espiritual inconfundibles, y que en toda circunstancia propicia se han manifestado y se siguen manifestando íntegros, rotundos, firmes, con la fuerza convincente de la verdad y la alteza de significado de todo lo que brota espontánea y naturalmente, sin cálculos, prejuicios ni limitaciones, de lo más hondo del pecho, de lo más humanamente entrañable de los corazones.

Cenicero es, en suma, un pueblo impulsivo, noble y generosamente impulsivo, que lleva dentro de sí, muy firme, muy arraigado, pero presto a derramarse en copioso e inagotable caudal siempre que el momento lo reclama, un vivo y pujante sentimiento de caridad, de solidaridad humana, de amor al prójimo, de activa compasión por el desvalido, por el necesitado, por el infortunado. Éste es, sin duda alguna, el rasgo más acusado y singular de su carácter, y a impulsos de él ha obrado y se ha entregado Cenicerero con entrega total, en distintos y no pocos momentos de su vida, llegando, incluso, a extremos de abnegación, de sacrificio, de heroísmo admirables, con la misma sencillez y abierta franqueza con que en coyunturas felices sabe reír e irradiar esa alegría sana y contagiosa que es también otra de las notas sobresalientes de su idiosincrasia.

Y, así, porque el alma de Cenicerero necesita el estímulo del contento o la ardiente llamada de la caridad para vibrar y hallar su cauce adecuado de expresión, es en los días de fiesta y de expansión cuando se la siente viva, asomada risueña a los ojos y a los labios de todos los cenicerenses; y es en los de dolor, en los momentos de infortunio, en los trances calamitosos—y puede que aún más, si éstos son ajenos que propios—cuando se despliega íntegra y magnífica, en su ingente grandeza, henchida de nobilísimo y fraternal amor. Y es entonces cuando de verdad muestra toda la pura limpidez humanal de su fondo y todo el generoso zumo de altruismo que guarda en la ternura de su entraña; y cuando mejor y más cabalmente puede ser comprendida y admirada, porque en el apacible y liso correr de los días iguales y grises —esos días que llegan sin ruido, pasan sin huella y se van sin recuerdo— parece como si ella también quisiera esconderse, como si se encerrara en sí misma y se encogiera para descarsar —como esos animalillos que se enroscan en su madriguera para pasar dormidos la quietud del invierno— sin preocuparse entonces demasiado de que los demás la entiendan, que le basta y se satisface con entenderse a sí misma, y ella se sabe embeleñada de monotonía, pero viva y entera, sensible y solícita, fiel a sí misma.

Nadie puede desmentir estas nobilísimas virtudes del alma cenicerense. Cenicerero es, efectivamente, así. Un poco despreocupado de sí mismo —acaso porque, por mejor guardar su esencia, desdeñe revestirse de cómodas apariencias— y todo amor, todo caridad, todo humanidad, abnegación y sacrificio cuando se trata de acudir en ayuda del prójimo.

Porque así es, Cenicerero ganó un día el premio a esos méritos. Y los que, en bien tristes circunstancias, supieron sobreponerse a todo, y mostrar hasta qué medida sin límite alcanzaba su hombría y su bondad, como tales fueron reconocidos al serle

concedido a Cenicero el título de Ciudad, que eso, *hombre bueno*, viene a querer decir *ciudadano*, acaso en su más castiza acepción, lo mismo que *villano* tiene otra que nunca ha podido compadecerse con el noble proceder de los cenicerenses, aunque Cenicero fuera *villa* hasta hace cincuenta años.

Y puesto que en éste se cumple el medio siglo de la efemérides, que constituye destacado y honroso hito en la historia de Cenicero, hallamos oportuna la ocasión para intentar recoger y ofrecer, reunidos en un relato ordenado y veraz, los tristes hechos que dieron lugar a que el generoso y humanitario espíritu cenicerense se manifestara en su más admirable integridad, y fuera oficial y justísimamente reconocido con la regia concesión del título de Ciudad a los pocos meses de producirse aquéllos.

Hasta donde nos sea posible, hemos de procurar que estas páginas, que no tienen otra ambición que la muy modesta, pero legítima, de contribuir a fijar unos hechos que ya pertenecen a la historia de Cenicero, adquieran el tono ponderado, objetivo y sencillo, adecuado al fin que persiguen, que no es el de tomar la ocasión por pretexto para tejer sobre nuestra ciudad una encendida corona de alabanzas que, por muy merecida que la tenga, carecería, al postre, de valor; sino, al revés, mostrar por un lado la sobrecogedora dimensión del cuadro de dolor que tuvo por escenario las tierras de Cenicero, y presentar por otro el comportamiento imponderable del pueblo cenicerense para que sea el contraste o, mejor dicho, la correspondencia entre uno y otro, lo que hable al entendimiento y al corazón de quienes lean. Que sea el relato de lo ocurrido, expuesto con sencillez, lo que nos mueva a considerar el mérito contraído por Cenicero en aquellas luctuosas jornadas, y no nublen fáciles ditirambos y aplausos, la diáfana, limpia y elocuente significación de los hechos.



Vista general de la catástrofe

LA CATÁSTROFE

ERAN las tres de la tarde del sábado 27 de junio de 1903. El día era de calor asfixiante. Un sol de fuego se abatía, implacable, sobre el paisaje. El aire, quieto y sofocante, envolvía todas las cosas en un irrespirable ambiente de horno. Apenas si se advertían señales de actividad en los campos abrasados de sol. Sólo algún que otro labrador aislado se movía lentamente por las tierras de labor. Los más, se habían guarecido de los rigores solares y, en aquellas primeras horas de la tarde, dormitaban al amparo de cualquier casamata o matorral propicios.

Mientras tanto, allá en el pueblo, los vecinos de Cenicero se habían refugiado también en las casas, buscando su frescor, y toda la villa aparecía quieta, callada, solitaria, sumida en el sopor...

Muy pocos minutos después apareció a lo lejos, viniendo de San Asensio, el tren correo de Bilbao, número 160. Traía dos locomotoras y llegaba con algún retraso, que es de suponer trataría de ganar forzando su marcha (1).

Poco antes de llegar al puente de Torre-Montalbo, la vía férrea describía una pequeña curva y tenía, a continuación, un ligero declive que obligaba a los trenes a entrar en el puente cabeceando algo y, desde luego, a mayor velocidad que cuando lo hacían en sentido contrario.

Así, con el cabeceo y la marcha forzada habituales, embocó el puente el correo de Bilbao. Pero algo, no se sabe qué, ocurrió entonces que no ocurría otras veces, porque, contra lo habitual, el cabeceo, lejos de reducirse gradualmente hasta desaparecer, fué en aumento, haciendo bambolearse alarmantemente a todo el convoy, aunque sin perder éste todavía el equilibrio. Al mismo tiempo, la estructura metálica del puente comenzó a trepidar con violencia también creciente (2).

De pronto, uno de los coches, el tercero o el cuarto, a partir de la cabeza, se acostó sobre la barandilla izquierda del puente y continuó marchando así, arran-

cando y retorciendo los hierros de un gran trecho de la misma.

Sin duda alguna, al advertir lo que ocurría, los maquinistas imprimieron al tren toda la celeridad posible con el propósito de ganar tierra cuanto antes y ver de evitar que el convoy cayera al barranco. Pero, al tirón, la primera máquina rompió sus enganches, desembocó del puente ya descarrilada y recorrió unos 150 metros, llevándose los raíles, antes de quedar detenida y sin volcar.

A su vez, la segunda locomotora experimentó también los efectos del rudo tirón con que se quiso salvar la gravísima situación. Consecuencia de ello fué un brusco cabeceo hacia la derecha que le hizo chocar contra el machón de salida del puente, al que descuajó con gran estrépito, tras lo cual dió una espantosa voltereta, quedando tumbada, ya en tierra firme, al borde mismo del barranco, atravesada en la vía.

El choque y vuelco de esta segunda locomotora determinaron en los vagones del tren un súbito movimiento de retroceso produciéndose a todo lo largo del convoy repetidos y violentos entrechoques, hasta que, fallando al fin del todo la barandilla sobre la que marchaba acostado uno de los coches, cayó éste a la profundidad del barranco, arrastrando tras de sí a los dos inmediatos; éstos a los siguientes, y así sucesivamente hasta no quedar sobre el viaducto ni uno solo de los vagones, que fueron a estrellarse unos contra otros, formando un horroroso e indescrible hacinamiento de hierros retorcidos, astillas, sangre y muerte en un reducido espacio, justo el que correspondía al último tramo de los siete de que constaba el puente.

La caída del convoy se produjo, pues, en ángulo, desplomándose primero la parte central y precipitándose después sobre ésta la cabeza y la cola. Así se explica que el más crecido número de víctimas estuviera en los citados coches centrales, que, tras de experimentar la caída en toda su profundidad y dar sobre el duro cauce del barranco, recibieron sobre sí el desplome de todos los demás. En cambio los vagones de cabeza, y más aún los de cola, hallaron ya debajo el informe montón de los anteriores, que aminoró y amortiguó la caída, y apenas si recibieron sobre ellos el peso de algún otro. Por eso en éstos se registraron bastantes ilesos y heridos de escasa importancia.

Así, en mucho menos tiempo del empleado en describirla, apenas en unos segundos, quedó consumada la horrible tragedia, considerada entonces, y con razón, como la más tremenda catástrofe ferroviaria ocurrida en España, tragedia que conmovió profundamente las sensibles fibras del corazón cenicerense, haciéndolas vibrar a diapasón altísimo, hasta dejar escrita, con la tinta indeleble de la abnegación más generosa y la más entrañable humanidad, la página más hermosa y de más elevado contenido espiritual de su historia.

(1) Así se deduce, en efecto, de las investigaciones entonces realizadas, pues quedó comprobado que, habiendo salido de San Asensio con 18 minutos de retraso, había recuperado 8 en un recorrido de apenas seis kilómetros, distancia que separa la estación mencionada del puente de Torre-Montalbo.

(2) Hacemos esta descripción después de haber examinado y compulsado detenidamente diversos relatos e informaciones entonces publicados, y valiéndonos principalmente de la referencia dada por el guarda de campo del Sr. Conde de Hervías que, como todos los días, se disponía a hacer el recorrido de su jurisdicción, y esperó el paso del tren a la entrada misma del puente, junto al machón y a la izquierda de éste en el sentido de la marcha, y que incluso echó a andar puente adelante, tras el convoy, por el citado lado izquierdo, único que estaba dotado de un estrecho andencillo, pudiendo así darse perfecta cuenta de lo ocurrido en todos sus detalles. Esta referencia fué minuciosamente recogida por Don Constantino Garrán, y coincide casi exactamente con la reconstrucción a que nosotros habíamos llegado como resultado de los exámenes y compulsas de datos ya citados.

CENICERO DA EL EJEMPLO

CÓMO pudo conocer el pueblo de Cenicero, tan prestamente, lo que ocurría? ¿Cómo pudo percatarse de modo tan rápido de la magnitud del desastre y de la urgencia de auxilios que reclamaban las víctimas?

Cierto que el Sr. Conde de Hervías, digno prócer que se hallaba en su finca, inmediata al lugar de la catástrofe, y que acudió a éste desde los primeros momentos, se había apresurado, mientras él mismo y algunos de sus colonos prestaban los primeros cuidados a las víctimas, a enviar emisarios, a caballo, a Cenicero y San Asensio, para dar cuenta de la desgracia y recabar auxilios. Pero no es menos cierto que, bastante antes de la llegada del mensajero, desde el instante mismo en que en la localidad se percibiera el siniestro eco producido por la hecatombe, se sospechaba ya la verdad, y las gentes se asomaban con sobresalto a las puertas de sus casas y corrían presurosas por las calles, comunicándose su alarma y acertando, por desgracia, en lo que les decía su certera intuición.

—¡ Ha tenido que ser en el puente de Torre-Montalbo ! ¡ El correo, ha sido el correo ! ¡¡ Vamos todos !! ¡¡ Sin perder momento !!

Estos y otros parecidos gritos se cruzaban en el afanoso y un poco aturrido ir y venir de los primeros momentos, que bien pronto se trocó en unánime y creciente corriente humana que se dirigía, buscando los caminos más cortos, unos en carruajes y cabalgaduras de todas clases, otros fiando en la ágil juventud de sus piernas, todos con el ansia de correr en ayuda de las víctimas, hacia el puente del ferrocarril llamado de Torre-Montalbo (1).

Hombres, mujeres, mozos, ancianos, todos ponían el alma en llegar cuanto antes al lugar de la presentida desgracia, dando el más alto y conmovedor ejemplo de solidaridad humana.

La llegada del recadero no hizo, pues, sino confirmar lo que ya todos habían adivinado. El primer lugar donde el mensajero dió la triste nueva fué en casa del párroco de Cenicero, Don Gabriel Jiménez Escudero, quien, no obstante hallarse bastante delicado de salud, voló hacia el puente de Torre-Montalbo en la misma cabalgadura que trajo el mensajero.

Y al adquirirse la certeza de que el tren correo de Bilbao se había precipitado, como se temía, desde el puente a lo hondo del barranco, nadie pensó sino en hallar el modo más rápido y eficaz de prestar socorro a las víctimas, entablándose desde aquel mismo momento un noble pugilato de generosidad y desinterés que puso bien de manifiesto el temple abnegado y sublime, ejemplar, del alma del pueblo de Cenicero.

Imposible, a partir de aquí, hacer un relato de conjunto de la ingente, arriesgada, decidida, eficaz e infatigable labor desarrollada por el pueblo cenicerense en socorro de los infelices que gemían bajo aquel gigantesco y amenazador montón de maderas, hierros y lamentos.

Cada hombre, cada mujer, ponía toda su actividad, todo su ardor en resultar útil en la medida de sus fuerzas y aun por encima de éstas, sin parar mientes en lo que hacía el de al lado. Sólo ayudar y ayudar, como fuera y a costa de lo que fuera. Y así, la descripción de aquel cuadro dantesco, aterrador y sublime a un mismo tiempo, se bifurca, se ramifica, se diversifica y fragmenta en tantos relatos parciales, individuales, como personas tomaron parte activa en los trabajos de socorro y salvamento. No fué entonces posible, y ahora lo es menos, recoger todas las dispersas piezas de aquel inmenso «puzzle» de datos, referencias, detalles y descripciones, desordenado y caótico, y mucho menos pretender que llegasen a encajar exactamente unas en otras hasta formar un todo ordenado y homogéneo.

Con los relatos fragmentarios, parciales e incompletos, habremos, forzosamente, de contentarnos, procurando escoger de entre ellos aquellos que, ensamblados como mejor nos dicten su examen y la comprobación de su veracidad, suplan en cierto modo esa falta de visión panorámica que, en realidad, nunca ha sido posible conseguir en sucesos de esta naturaleza.

Y aún quisiéramos recoger también alguno de aquellos otros que, no obstante reflejar momentos aislados y aspectos reducidos del imponente cuadro, han de ayudarnos en gran manera, por su elocuente fuerza expresiva, a comprender el sublime clima de sacrificio y de heroísmo en que se movió y vivió el vecindario todo de Cenicero en aquellas luctuosas y tristísimas jornadas.

(1) No obstante tal denominación, el puente se hallaba, lo mismo que el actual, en jurisdicción de Cenicero. A propósito de esto se suscitó, poco tiempo después de la catástrofe, una dilatada y tenaz polémica de prensa cuyos pormenores no hay por qué recoger en este lugar.

Los trabajos de socorro y salvamento

DENODADOS y abnegados hasta alcanzar límites de verdadero heroísmo fueron los esfuerzos y trabajos desarrollados por los cenicerenses en auxilio de las víctimas de aquella espantosa catástrofe.

El tren, formado por diecisiete vagones, de ellos diez de viajeros, que venían bastante ocupados, había caído entero, como ya hemos dicho, por el último tramo de los siete que integraban el puente, quedando acumulado en una disforme pirámide cuya base apenas alcanzaría los veinte metros. El hacinamiento, pues, fué horroroso, y a esta fatal circunstancia se debió que el número de víctimas fuera mayor. Los vagones, además, al amontonarse unos sobre otros, quedaron sin firmeza, formando un conjunto que crujía y oscilaba a cada momento, amenazando derrumbarse de nuevo y aumentar las proporciones de la hecatombe.

Nadie vaciló, sin embargo. Con riesgo inminente de sus vidas, los cenicerenses se lanzaron afanosamente a aquel inseguro y amenazante montón de ruinas y, pisando sobre tablas que cedían bajo sus pies, viendo suspendidos sobre sus cabezas pesados ejes de acero desprendidos de los coches, hierros y masas enormes de material destrozado, se metieron por todos los huecos que el desgajar de maderas y el tundir de hierros había dejado, se arrastraron por pasos tortuosos e inverosímiles; apartaron, sin medir el peligro, maderas, travesaños y obstáculos de todas clases, y así pudieron ir llegando hasta los infelices que gemían y se debatían entre los restos, y fueron liberándolos uno a uno de su espantosa prisión, logrando, con el riesgo de sus vidas, rescatar y salvar muchas de las de aquellos desgraciados que, sin tan pronto y decidido auxilio, hubieran perecido irremisiblemente; unos, desangrados; otros, por asfixia; ahogados otros, en el Najerilla, y todos, después de haber padecido los más crueles y prolongados tormentos.

Muchas fueron las pérdidas irreparables que en aquella espantosa jornada hubo que lamentar, pero bien seguro es, y así está reconocido por todos, que sin la inmediata, unánime y ejemplar ayuda del pueblo de Cenicer, el número de muertos se hubiera elevado considerablemente.

Ni el azote implacable de un sol de fuego, ni el tormento de la sed abrasadora, ni la atroz fatiga de un esfuerzo titánico y continuado fueron bastantes a amenguar el ardor, el afán de aquellos abnegados ce-

nicerenses que, sin medios adecuados, tan sólo con unas pocas e impropias herramientas y algunos materiales tomados de los mismos restos de la catástrofe, trabajaron sin tregua ni descanso, sin tomar aliento, durante horas y horas, a la luz del sol primero y después bajo las estrellas, explorando hasta lo más profundo de aquel inseguro, gigantesco y heterogéneo amasijo de restos triturados de todas clases, multiplicándose por acudir a todas partes y, lo que casi es más admirable, dando a su esfuerzo, en medio del caos en que se producía, un espíritu de comprensión que permitió a las autoridades locales, que en todo momento mostraron tan gran disposición como elevado espíritu, organizar y atender muchos otros aspectos de los complejos trabajos de salvamento del modo más eficaz.

Así, por ejemplo, el Juez Municipal don Francisco Verde, estableció una especie de guardia, con vecinos de edad y de la mayor confianza, que se encargó de custodiar los equipajes, efectos y objetos de valor que se veían esparcidos por doquier y todo lo demás que se iba rescatando. También se formó una reseña de objetos y nombres de sus propietarios con aquellos que, por sus etiquetas u otros medios, pudo saberse a quiénes pertenecían; relación de nombres de heridos asistidos y de muertos identificados; relación detallada de las cantidades en metálico encontradas, que alcanzaban una suma considerable (1) y, en fin, otros muchos detalles por el estilo, que facilitaron en gran manera la labor de las autoridades provinciales que, posteriormente, se hicieron cargo del asunto.

Asimismo, y como no hubiera camino directo de acceso al lugar de la catástrofe, se estableció vía de comunicación a través de las fincas más próximas, sin reparar en los daños y destrozos que en ellas se produjeron.

También fueron enviados propios a caballo a San Asensio, Uruñuela y Nájera, recibiendo bien pronto el concurso de aquéllos y otros pueblos.

Del enorme y eficaz esfuerzo desplegado por los cenicerenses en aquella crítica ocasión dará idea el

(1) Se recuerda, a este respecto, que fué detenido un capataz de la vía, de la brigada de San Asensio, acusado de haber robado unos miles de pesetas a las víctimas y al que, en los primeros momentos, los indignados cenicerenses quisieron apalea.

hecho, harto elocuente, de que para las cuatro y media de la tarde, es decir, apenas hora y media después de producirse la catástrofe, iban extraídos, curados de primera intención y perfectamente atendidos en relación con los limitados medios de que, de momento, se disponía, ochenta de los heridos, que sumaban, puede decirse, la totalidad de los registrados, pues en esa cifra, ochenta, se calculaba días después el número de los que sufrieron lesiones de consideración, aparte, claro está, los que por padecer tan sólo contusiones o pequeñas heridas no precisaron de asistencia facultativa, y que fueron bastantes (1).

(1) Si en los trabajos de limpieza, desmonte y retirada de materiales se hubiera podido desplegar el mismo ritmo admirable que en el auxilio a los heridos, se hubiera sabido bastante antes que entre los restos no quedaban ya gentes con vida, evitándose con ello a los abnegados cenicerenses muchas horas de afanoso trabajo, que podía haberse llevado con mayor sosiego y en mejores condiciones, no existiendo ya la urgencia de salvar vidas que acuciaba en un principio.

Lo cierto es que el peso de aquella labor ingente recayó sobre Cenicerero, pues la salida del tren de socorro enviado desde Logroño hubo de demorarse algo por causas ajenas a todos; el que también salió de la capital con fuerzas de Ingenieros Zapadores tampoco pudo hacerlo sino con bastantes horas de dilación—a media noche—y la Compañía del Ferrocarril, aparte un médico y un farmacéutico, no logró enviar personal ni material alguno a Torre-Montalbo hasta el día siguiente—domingo—a las once de la mañana.

En suma: para cuando se pudo contar con medios adecuados, Cenicerero había consumado ya la hazaña de extraer de entre los restos del tren destruido la totalidad de los heridos y casi todos los cadáveres, además de rescatar no pocos objetos de valor y tener en el pueblo, atendidos con el mayor esmero y solicitud, a los lesionados.

Minutos antes de las cuatro y media comenzaron a llegar al pueblo los primeros heridos, transportados en carruajes e improvisadas camillas.

Y también en este sentido supo dar Cenicerero altísima muestra de sus caritativos y humanitarios sentimientos, del nobilísimo y admirable espíritu que lo animaba y que para todo hallaba, a costa de su sacrificio, solución satisfactoria e inmediata.

El número de camas del hospital municipal, adecuado a las necesidades ordinarias de la localidad, era el de siete. Las que en aquella triste ocasión se necesitaban pasaban de ochenta. Y bastó que, mediante pregón, se diera a conocer esta circunstancia para que, en escasísimos minutos, los amplios locales de la escuela de niños se vieran habilitados para hospital y se encontrasen ya perfectamente dispuestos para recibir a los heridos cuando éstos fueron llegando, registrándose, incluso, abundante sobra de camas, colchones y ropas, que los vecinos se apresuraron a llevar en gran número.

Así responde un pueblo a la llamada de la caridad cuando en él alientan los sentimientos humanitarios en el alto grado y la amplia medida de que tantas y tan admirables pruebas dieron los cenicerenses en aquellas inolvidables jornadas.

Del hospital municipal se encargaron las Hermanitas de la Caridad, y de las escuelas las señoras del pueblo. Más adelante hemos de referirnos al ejemplar comportamiento de éstas.



Guardia Civil custodiando, y obreros trabajando

La noche de la tragedia

SIN darse un punto de reposo continuaban su ardoroso trabajo los cenicerenses.

Apenas era posible hacer nada con las rudimentarias herramientas de que se disponía, en cuanto a desembarazar el lugar del desastre e ir retirando materiales para mejor llegar a todos los lugares del destrozado convoy. Pero todo lo suplían con su abnegación y, poco a poco, iba siendo mayor el número de cuerpos, algunos espantosamente destrozados, extraídos de entre los triturados restos de los vagones.

A medida que avanzaba la tarde iban comenzando a llegar vecinos de los pueblos limítrofes, y todos, con la mejor voluntad, se aprestaban a cooperar en la humanitaria tarea de salvamento.

Con la llegada, al anochecer, del tren de socorro enviado desde Logroño, se dispuso de más abundante material sanitario y personal facultativo, y, con ello, de nuevos y más amplios medios con que atender a los heridos. Pero éstos se hallaban ya, en su mayoría, bien hospitalizados y asistidos y, de momento, lo más urgente era disponer de elementos adecuados para proceder al desmonte de los vagones y retirada de material, pues se temía que aún quedasen muchas víctimas por extraer.

Para poder continuar los trabajos al caer la noche, los alcaldes de Cenicero y San Asensio dieron bando a sus respectivos vecindarios para que las gentes acudieran con faroles al lugar de la catástrofe. Así se hizo rápidamente, y la actividad prosiguió con el mismo ardor, con idéntico afán...

Y éstos fueron tales, que a las doce de la noche, cuando aún no habían llegado a Cenicero las fuerzas de Ingenieros Zapadores que poco después se enviaron desde Logroño y, por tanto, antes de que pudieran comenzarse los trabajos de desmantelamiento y retirada de materiales, iban extraídos unos cuarenta cadáveres de los cuarenta y tres que, en total, se registraron en la catástrofe.

Es decir, que Cenicero, con su solo esfuerzo, sin elementos, sin medios adecuados, con riesgo inminente de las vidas de sus vecinos, sin más que su humanitario desinterés, sin otra cosa que su abnegado heroísmo, lo mismo que había logrado rescatar la totalidad de los heridos habidos en el siniestro — muchos de los cuales debieron la vida a la admirable prontitud con que fueron auxiliados — consiguió también extraer de entre los restos del tren la cifra casi completa de los muertos, y todo ello en apenas nueve horas de esfuerzo intensísimo, agotador, al que no obstante, nadie se rindió, porque en las horas de aquella noche verdaderamente trágica todavía se ignoraba que, felizmente, los restos del tren no aprisionaban ya nuevas víctimas.

Y el trabajo continuó sin tregua...

Con aquellos viajeros que habían resultado ilesos y otros que sólo padecían ligeras lesiones, se organizó un tren que fué enviado a Logroño, a donde llegó a las diez de la noche.

Los viajeros, al entrar en la capital, cuya estación y alrededores se hallaban llenos de un inmenso y ansioso gentío, expresaron a las autoridades que acudieron a recibirlos su profundo e imperecedero agradecimiento al pueblo de Cenicero, de cuyo comportamiento hacían las más encendidas y encomiásticas alabanzas.

No hay palabras — decían — para relatar lo que aquellas buenas gentes han hecho por nosotros y continúan haciendo por los infelices que aún quedan allí.

Todos encarecieron también la urgencia del envío de elementos adecuados para el desmonte del tren siniestrado, cuyos restos entorpecían ya sobremanera la benemérita labor que el vecindario cenicerense estaba realizando.

Dos horas después, a media noche, partía de Logroño un tren militar con dos compañías de Ingenieros Zapadores bien provistos de material de desmonte, sanitario, etc.

NOBLEZA DE SENTIMIENTOS

LLEGADAS las fuerzas de Ingenieros al puente de Torre-Montalbo, quedó todo dispuesto para que éstas comenzaran a actuar con el alba.

A dicha hora, además de la mayor parte del vecindario de Cenicero—donde en ninguna casa se había dormido, pues todos consideraban como un sagrado deber de humanidad la ininterrumpida prosecución de la tarea que con tan desinteresado celo venían realizando—se habían congregado también en el lugar de la desgracia no pocos vecinos de Nájera, San Asensio, Briones, Fuenmayor, Haro y otros puntos, ansiosos también de prestar su ayuda.

Sin embargo, se estimó conveniente, para el mejor orden y buena marcha de los trabajos, que éstos se atendieran, en lo sucesivo, por personal militar. Y aquellas buenas gentes, sin considerar para nada su extenuación, sin dar importancia alguna al enorme esfuerzo ya realizado, sin otra mira ni otro afán que el de seguir siendo útiles, se brindaron generosas a colaborar con las fuerzas de Ingenieros en todo aquello que se les encomendase. Y al hallar frente a lo que ellos consideraban casi como un derecho, el criterio, comprensivo pero rígido de los jefes militares que, aun agradeciéndolo, rehusaban el ofrecimiento e insistían en el disciplinado cumplimiento de lo dispuesto, los generosos cenicerenses experimentaron profunda decepción y no pudieron ocultar su mucho disgusto.

Acaso este disgusto pueda interpretarse como muestra de ese poso un poco rebelde, de ese atisbo de orgullosa estimación de nuestro valer que los riojanos llevamos en el ánimo y que de ningún modo tratamos de ocultar ni de disimular porque, al contrario, lo consideramos como prenda feliz de nuestro carácter, como el bien templado resorte que, no pocas veces, ha sacudido esa indiferente desgana que también nos caracteriza en ocasiones y nos ha movido a acometer muchas y muy diversas empresas. Está dentro de lo posible,

decimos, que a algo así pueda atribuirse aquella manifestación de disgusto de los buenos cenicerenses. Nosotros no vemos en ella sino una sencilla e ingenua reacción de desencanto. De ese mismo desencanto doloroso que sufre el idealista cuando ve sus anhelos contenidos por el duro y frío muro de la razón. Y, en todo caso, habrá de reconocerse que aquella disconformidad de los cenicerenses nacía del más generoso impulso de humanidad, de la más pura nobleza de sentimientos, y con ello sus promotores se hacen aún más dignos de admiración ante nuestros ojos.

Todavía, con ocasión de la llegada de los primeros operarios y elementos de trabajo enviados desde Miranda de Ebro por la Compañía de Ferrocarriles del Norte de España, hubo nueva coyuntura para que el noble sentir del vecindario cenicerense volviera a quedar bien de manifiesto.

Ocurrió que, con arreglo al cometido que les había sido señalado, los obreros ferroviarios comenzaron a trabajar únicamente sobre el puente y atendiendo tan sólo a la recuperación de material, lo que, además de contrastar con la actividad desplegada por los demás, directa y primordialmente encaminada a la búsqueda y auxilio de las víctimas, no dejaba de ofrecer cierto riesgo para los que, bajo el puente, se entregaban a ella. Y esto exasperó a las muchas gentes que se hallaban en aquel lugar. Creyeron, sin detenerse a hacer más consideraciones, que tal proceder constituía una irritante falta de humanidad, y la protesta surgió espontánea de aquellos pechos que no entendían de intereses particulares; que todavía no habían pensado en que aquella espantosa catástrofe también representaba, para alguien, una pérdida material de mucha consideración; que no tenían, en fin, otra mira ni otro norte que el más sublime y puro de la caridad.

La autoridad sensata, dispuso que obreros ferroviarios se retirasen del puente.



Atenciones y desvelos para con los heridos

LA nueva organización de los trabajos en el lugar de la catástrofe dejaba a Cenicero al margen de éstos. Mas no por ello estimaron los cenicerenses terminada la misión que la Providencia les señalaba. Les quedaba aún mucho por hacer. Y a ello se aplicaron por entero, con el mismo admirable desprendimiento, con idéntico sublime altruismo, con igual resuelta determinación que los desplegados allá, en el barranco, cuando de Cenicero únicamente dependía la salvación de aquellos desgraciados, cuando cada minuto perdido, cuando cada vacilación hubieran representado una vida más sin rescatar de entre las muchas que la muerte reclamaba.

Si en un principio hubo que atender, ante todo, al salvamento de víctimas, ahora había que cuidar de aquellos heridos, había que atenderlos con generosidad, con todo interés. Había que aplicar a sus heridas los mejores remedios de la ciencia, y derramar sobre sus almas conturbadas el bálsamo sedante del amor. Y Cenicero tomó a su cargo, porque así se lo pedían las voces de su corazón angustiado ante la magnitud de la ajena desgracia, la realización de esta nueva, grande y caritativa obra.

En la misma mañana del domingo fueron enviados a Logroño aquellos heridos —treinta en total— que por la menor importancia de sus lesiones podían soportar el traslado sin peligro de daño o retroceso en la curación de éstas. Los restantes quedaron acondicionados en Cenicero, unos en el hospital municipal y otros, los más, en el que se había montado en los locales de las escuelas de niños.

Quedó atendido éste por las señoras que integraban las juntas directivas de las asociaciones «La Caridad» —que, de siempre, tenía ya a su cargo el sostenimiento del hospital municipal— y de San Vicente de Paúl, y desde el primer momento, hasta que el último de los heridos quedó totalmente restablecido, se entabló y desarrolló entre estas distinguidas damas el más noble y grande pugilato de caridad, de amor, de generosidad y de sacrificio, llevado hasta los más admirables límites, por mejor atender a los infortunados heridos puestos bajo sus cuidados.

No es sólo el celo y la eficacia con que aquellas beneméritas mujeres desempeñaron su cometido, manteniéndose día y noche, constantemente, sin descanso ni desfallecimiento, en la cabecera de los heridos, sino que mueve aún más a admiración y alabanza la tierna solicitud, el amoroso clima que supieron infundir a su labor, siempre acudiendo a las llamadas de los pacientes con una palabra de aliento en los labios, siempre encendiendo de nuevo la llamita de la esperanza en el ánimo del que se había dejado ganar por el desaliento, siempre solícitamente vigilantes de la limpieza, orden y buena marcha de los servicios, renovando ropas, preparando vendas y haciendo, en fin, de verdaderos ángeles de la caridad con todo el exquisito tacto de sus manos

femeninas y el temple firme y heroico de sus almas generosas.

Bien merecen estas nobles y altruistas damas el homenaje de nuestra admiración. Como rendida y respetuosa expresión de ésta, queremos recoger aquí sus nombres, de los que todos los cenicerenses han de estar tan justamente orgullosos:

Sencillamente ejemplar fué el comportamiento de Doña María Lacorzana, viuda de Don Blas del Campo y presidenta de «La Caridad», que, no obstante sus setenta y siete años, desplegó una actividad y una fortaleza asombrosas, en noble emulación con sus compañeras de junta, Doña Maximina Valdivielso de Artacho, Doña Felisa Martínez de Rodríguez, Doña Ramona Bobadilla de Artacho, Doña Juliana Díez de Lacorzana y Doña Casilda Artacho de Lagunilla, todas las cuales se distinguieron, asimismo, extraordinariamente. Y a idéntico nivel hemos de colocar, en la estimación de sus méritos, tanto a la señora presidenta de la «Asociación de San Vicente de Paúl», Doña Julia Bureba de Bobadilla, como a las otras que, con ella, compartían la misión rectora de la misma, Doña Ignacia Tosantos (viuda de Montemayor), Doña Adriana Goubineau de Lambert (ésta de nacionalidad francesa, esposa del Sr. encargado de las «Bodegas Riojanas»), Doña Agueda Rubio de Pérez y Doña Tadea Sáez de Pérez.

Para todas ellas, que tan alto supieron poner, aureolándolo de gloria, el nombre de Cenicero, nuestra admiración, nuestra gratitud y nuestra reverencia imperecederas.

No podemos tampoco, al llegar a este punto, dejar de hacer destacada mención del incomparable comportamiento, superior a cuanto pudiera decirse, de los tres médicos con que entonces contaba Cenicero, Don Manuel García Camba, Don Luis Martínez Olmos y Don Emilio Casas Arriola, que con el farmacéutico titular y presidente de la Cruz Roja local, Don Liborio Cárcamo, y los practicantes Don José de las Heras y Don Francisco Ruiz del Campo, desplegaron incesante actividad y competencia extraordinaria, acudiendo infatigables a atender todas las necesidades, hallándose siempre los primeros, y en todas partes, dispuestos al cumplimiento de su alta misión, primero en el propio escenario de la catástrofe, después en los hospitales y en las casas particulares —donde también habían sido recogidos algunos heridos— y siempre con el más esforzado ánimo y el más absoluto altruismo.

Infinidad más de cenicerenses merecerían ser destacados en estas páginas por su excepcional comportamiento dentro del ya admirable espíritu de humanidad y de abnegación desplegado por todo el vecindario. Muchos de ellos, bien a nuestro pesar, habrán de quedar en el anónimo, porque de ese modo, callada y oscuramente, para mérito mayor, prestaron su concurso. De otros nos proponemos hacer justa mención algo más adelante.

Los heridos dan su mejor muestra de gratitud

DE cómo Cenicero supo, no sólo atender y cuidar admirablemente a los heridos en la catástrofe, sino excederse con generosidad sin límites en el cumplimiento de tan hermoso y humanitario cometido, hasta ganar para sí, por entero y para siempre, el corazón y el agradecimiento de aquellos infelices, habla mejor que nada la espontánea y elocuente muestra de adhesión y de afecto dada por los propios asistidos en cuanto se les presentó ocasión para ello.

Estimando el entonces Excmo. Sr. Gobernador Civil de la provincia, Don Víctor Ebro, que acaso para los medios y las posibilidades materiales de Cenicero podría resultar excesivo el número de heridos que tenía a su cargo, y que quizá reduciendo éste podrían quedar todos mejor y más eficazmente atendidos, con fecha del primer día de julio dispuso el traslado a Logroño de todos aquellos que estuvieran en condiciones de soportarlo sin peligro para su curación.

Obedeciendo lo ordenado, Cenicero adoptó las medidas propias del caso. Mas cuando a la mañana siguiente, y todo ya dispuesto, fué a efectuarse el traslado, y los heridos tuvieron conocimiento de éste, ni uno solo de entre ellos dejó de dar muestras de la mayor consternación, manifestando todos, con unanimidad conmovedora, que estaban seguros de que en ninguna otra parte habían de estar mejor atendidos en cuanto a la curación de sus heridas, ni habían de hallar en otro lugar el calor de cordial afecto que Cenicero, totalmente identificado con su desgracia, les prestaba, y que era para ellos el mayor bien que, en las tristes condiciones en que se hallaban, podían recibir.

—Estamos —decían— muy bien aquí, y rogamos

a todos tengan la misericordia de dejarnos continuar en la grata compañía que la Providencia nos ha proporcionado para mitigar, en parte siquiera, nuestra tribulación y desconsuelo.

No otra cosa anhelaban también, en el fondo de sus pechos, los nobles cenicerenses, que ya se habían encariñado profundamente con aquellas pobres gentes, que sentían la más sincera compasión ante su desgracia y que consideraban ya como propia, como un privilegio por el que, a la par, se sentían orgullosos y conmovidos, la tarea de devolver con sus propias manos la salud a aquellos cuerpos maltrechos, a aquellas carnes desgarradas y laceradas; y con su filantropía, con su ternura, con la efusión fraternal de los corazones que se entienden, la tranquilidad, el sosiego y la paz a aquellas almas entristecidas e infelices.

No tiene, pues, nada de extraño que Cenicero se apresurara a poner en conocimiento de la primera autoridad provincial —por conducto del médico Sr. Martínez Olmos— este deseo de los heridos, que era a la vez el propio y más ardiente deseo.

Y el Gobernador civil fué comprensivo.

Ninguno de los heridos salió de Cenicero, ni entonces ni nunca, como no fuera para regresar a sus hogares, ya totalmente restablecidos, fuertes de cuerpo y de espíritu, pero dejando en Cenicero, entre los gratos lazos de la amistad, del afecto y del reconocimiento más profundos, una parte, y no la menor, de sus mejores y más sinceros sentimientos.

Ahora, al cabo de los años, aún perdura alguna de aquellas ataduras. Tan firme y fuertemente quedaron entonces anudadas.

Generosidad de Cenicero

EL mismo noble espíritu de solidaridad humana, idéntico desprendimiento y alteza de miras que había mostrado Cenicero, primero en el auxilio de las víctimas de la catástrofe, y en el cuidado de los heridos después, siguió manifestándose y brillando también en muchos otros aspectos y detalles derivados de la horrorosa tragedia en la que tan activa y benéfica parte había tomado aquel abnegado vecindario.

Tal ocurrió, por ejemplo, en lo concerniente a alojamiento y comidas.

Desde el día siguiente al espantoso siniestro, y aun desde el mismo en que éste se produjera, comenzaron a llegar a Cenicero las más numerosas y variadas gentes —autoridades, personal de socorro, elemento oficial, vecinos de los puntos limítrofes, familiares y amigos de las víctimas, y otra infinidad de personas— que invadieron materialmente la villa, en tal cantidad, que llegaron a plantear, al margen del gran conflicto provocado por la catástrofe, otro verdadero problema.

Hospedajes, casinos y establecimientos donde habitualmente se atendía al forastero, resultaron, bien pronto, insuficientes, y muchísimos visitantes hubieron de buscar acomodo en casas particulares (1).

Cenicero ofreció esos días el más inusitado aspecto. Con sus calles y plazas repletas de gentes de la más variada condición, diríase que la localidad celebraba algún festejo de extraordinario relieve si no fuera por el impresionante silencio; por el gesto de tristeza que se reflejaba, como petrificado, en todos los semblantes; por la atmósfera de duelo que flotaba sobre la villa y que, junto a aquel incesante tráfigo de gentes, ofrecía el más extraño de los contrastes.

Las múltiples y apremiantes necesidades de todos aquellos viajeros, y la perturbación y el desorden que, naturalmente, reinaban en la localidad, eran circunstancias las más propicias para justificar cualquier exceso y para que, de habérselo propuesto, el vecindario de Cenicero hubiera realizado un pingüe y fácil negocio a costa de aquellas incesantes oleadas de forasteros que todo lo llenaban.

Nadie, sin embargo, pensó en semejante cosa. Al contrario, hay abundantísimos y fehacientes testimonios del acogedor y complaciente proceder de los cenicerenses en tal circunstancia. Ciertamente, Cenicero no podía ajar la limpieza inmaculada de la página que acababa de escribir en su historia a cambio de un sucio puñado de monedas.

Las hospederías y demás establecimientos abiertos al público mantuvieron en todo momento precios, más que moderados, exigüos.

Y en la inmensa mayoría de las casas que habían alojado forasteros—y entre éstas las había verdaderamente humildes—se negaron en absoluto a aceptar retribución alguna por sus servicios, que prestaron únicamente llevados de su caritativa comprensión.

Incluso se conocen, a este respecto, algunos casos particulares verdaderamente ejemplares.

(1) Cálculos bien fundados efectuados entonces, hacen elevarse a unas quince mil el número de personas que, en cinco o seis días, visitaron Cenicero.

Así, el siguiente:

Una niña de cuatro años y medio de edad, y su hermanito, de unos siete meses, que con su madre viajaban en el tren siniestrado, salieron providencialmente ilesos de la catástrofe al conseguir la infortunada mujer, que pereció, arrojarlos por una ventanilla instantes antes de que su coche se precipitara al barranco.

La niña quedó recogida y atendida con todo esmero en casa del médico de la localidad, don Emilio Casas.

Y el niño fué acogido en la de Domingo Tricio, obrero de modesta condición, cuya esposa no sólo amamantó con todo amor a la criaturita, sino que la equipó de ropas y la cuidó, en fin, con solicitud verdaderamente maternal.

Al cabo de unos días, cuando el abuelo de los niños, don José Díez, se presentó en Cenicero a recogerlos y supo de los desvelos y ternezas tenidos por aquel pobre matrimonio para con el pequeñín, quiso mostrarles su agradecimiento dejando sobre la mesa, al despedirse, algunos duros.

Pero éstos no fueron aceptados.

—No, señor, rehusó aquella buena mujer—. En este pueblo todo se ha hecho por caridad y su agradecimiento me basta y me sobra, como a todos nos sobra con tener la conciencia tranquila por haber cumplido con nuestro deber, cada uno en la medida de nuestras fuerzas.

Magnífica y conmovedora respuesta, que habla mejor que nada del espíritu que aquellos días animaba a las abnegadas gentes de Cenicero.

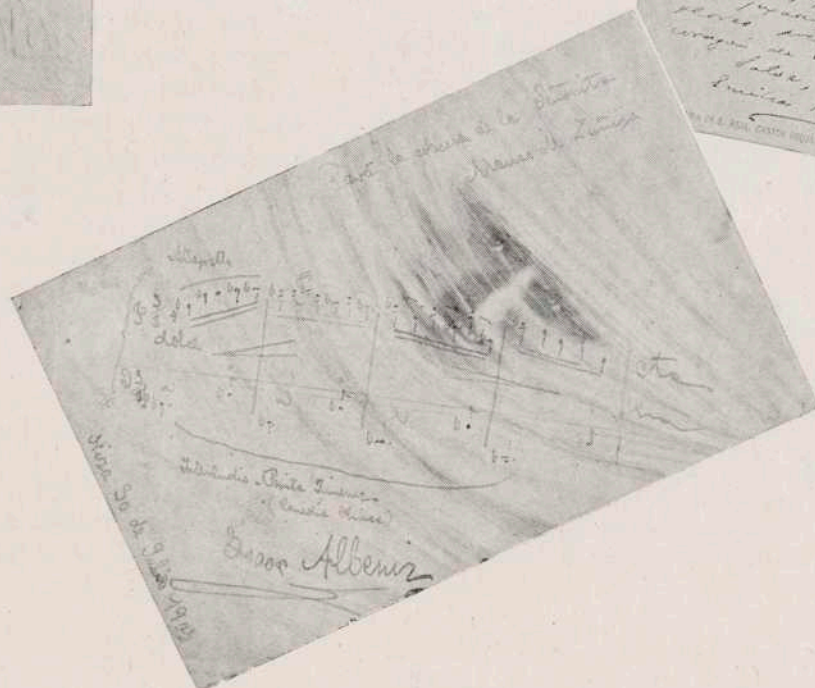
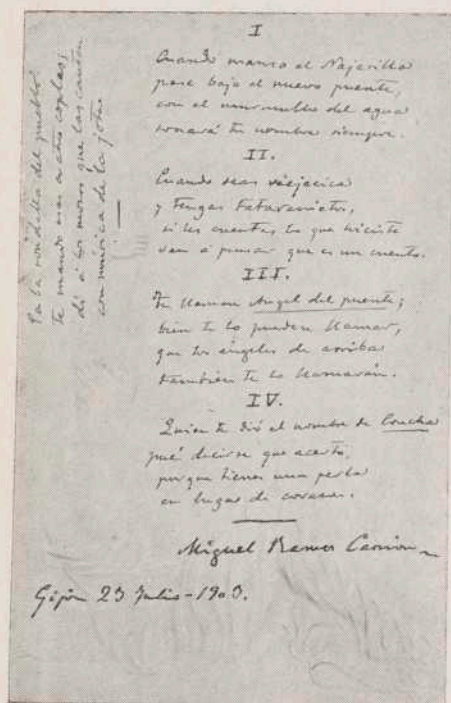
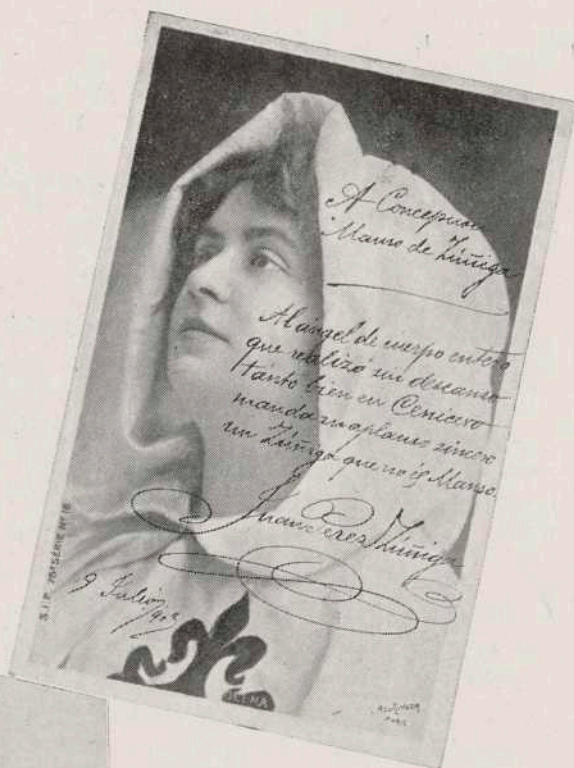
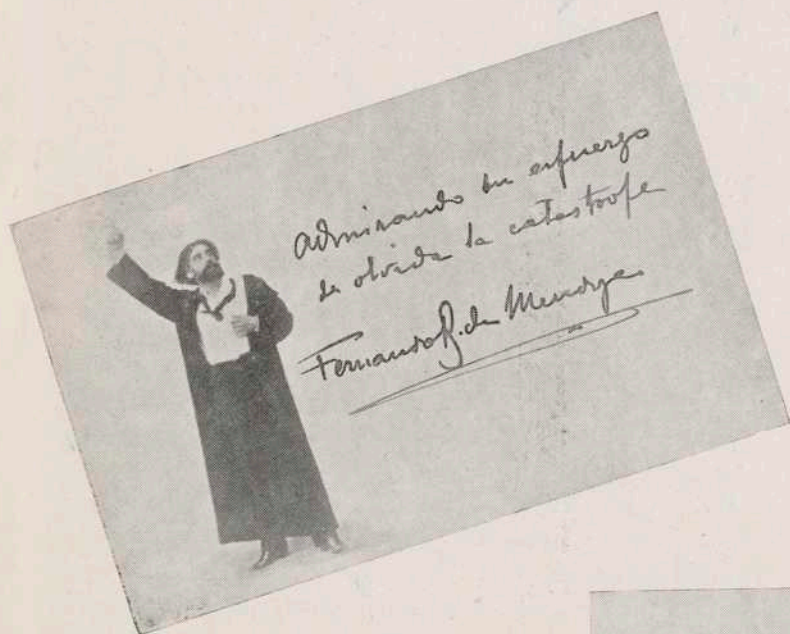
Otro elocuentísimo ejemplo :

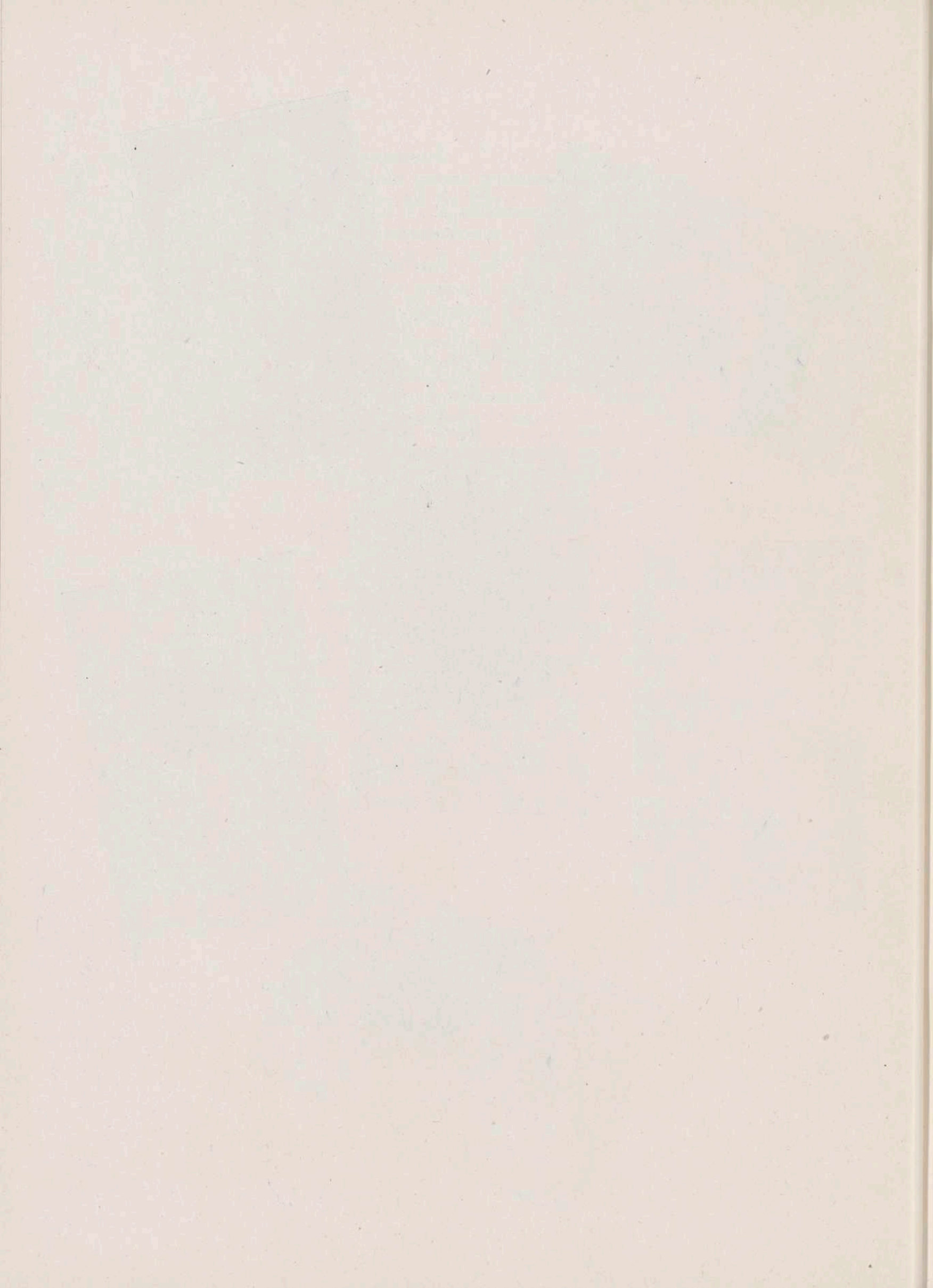
Durante los trabajos realizados por los cenicerenses en el barranco, la tarde del horrible siniestro, uno de los viajeros pudo ser extraído ileso del lugar en que se encontraba, en posición muy comprometida y peligrosa.

El hombre, que disfrutaba de excelente posición económica, contentísimo con su suerte y profundamente agradecido a su salvador, echó mano a la cartera y ofreció a éste—un bracero apodado «Tacón», quizá el más pobre de Cenicero— un buen puñado de billetes del Banco de España.

No hubo forma de que «Tacón» aceptara un solo céntimo de aquel dinero.







Doña Concepción Manso de Zúñiga

ENTRE las muchísimas personas que por su abnegación, llevada a límites de verdadero heroísmo, se distinguieron en los trabajos de socorro y salvamento de heridos durante la espantosa catástrofe, destaca reclamando lugar preeminente la figura de la entonces gentil señorita y hoy respetabilísima y aristocrática dama Doña Concepción Manso de Zúñiga y Lapazarán, hija de los señores Condes de Hervías, ilustre familia que, por residir en hermosa finca de su propiedad, inmediata al lugar de la catástrofe, pudo acudir a éste a los pocos momentos de producirse la hecatombe, y ser la que iniciara la prestación de auxilios a los infortunados viajeros del tren precipitado al barranco.

El Sr. Conde de Hervías, Don Trinidad Manso de Zúñiga, secundado por varios de sus colonos, que también acudieron presurosos, desplegó tanta decisión como buen sentido, contribuyendo en gran manera, con lo acertado de sus urgentes medidas y su gran presencia de ánimo, a imprimir celeridad y eficacia a aquellos primeros auxilios.

La esposa del Sr. Conde, Doña Carolina, realizó también una meritísima labor, lo mismo que una hermana de los cónyuges, e incluso los hijos menores del matrimonio, José Luis, actual Conde de Hervías, que a la sazón contaba dieciséis años; Inigo, de 15, e incluso Soledad y María Teresa, niñas de corta edad.

Pero aún más se distinguió la hija mayor, Conchita, que, sobreponiéndose a su natural y sensible delicadeza femenina, o quién sabe si acaso impulsada por ésta misma, dió el más admirable ejemplo de abnegado sacrificio, de actividad y de bien templado y esforzado ánimo.

Metiéndose resueltamente en la corriente del Nagerilla, y seguida de tres de sus sirvientas, que también se distinguieron muchísimo en la prestación de socorros (1), cruzó rápidamente el río y llegó ante el imponente hacinamiento de informes restos que, poco antes, era un tren de viajeros que marchaban tranquilos y confiados a sus respectivos destinos, y ahora se había convertido en el más horroroso y patético cuadro que pudieran contemplar ojos humanos, subrayado por un clamoreo de gritos desgarradores, ayes, lamentos, imprecaciones y angustiosas llamadas de socorro, capaz de sobrecoger el ánimo mejor templado.

Así, sobrecogida y temblorosa, pero impelida por el mandato de la más sublime caridad, Conchita no

vaciló un momento. A poca distancia de ella vió los cuerpos de varios hombres que, por la posición y el lugar en que se hallaban, resultaba evidente que se habían arrojado del tren antes de que éste se desplomase (2). Nada podía hacerse por ellos. Estaban muertos. Y Conchita se dirigió presurosa a los restos del tren, donde tantos desgraciados podían necesitar —necesitaban— urgente ayuda.

Desde este momento el proceder de Conchita fué, sencillamente, heroico. Sus manos delicadas rescataron de entre los destrozados materiales del convoy a no pocos infelices que clamaban misericordia; restañó y curó heridas; desgarró sus propias ropas para convertirlas en vendas; prodigó frases de consuelo; mitigó la sed que abrasaba a los moribundos; presencié escenas del más hondo patetismo y cuadros de indecible horror...

En aquellas luctuosas jornadas, Conchita Manso de Zúñiga fué la heroína que, cual un símbolo, supo mostrarse a los ojos de todos como la más viva encarnación de las virtudes y el temple de la mujer española. Y su nombre, nimbado de admiración, adquirió justísima resonancia en todo el ámbito nacional.

Las más destacadas figuras de la intelectualidad, de las ciencias, de las artes, de la literatura, de todas las actividades, ofrecieron a Conchita elocuentes testimonios de esa admiración, que llegaron hasta ella en centenares de tarjetas enviadas desde todos los rincones de España y de otros países de Europa con las más expresivas y laudatorias frases.

Como el mejor ornato de estas páginas, en ellas reproducimos algunas significativas muestras de aquel original y emocionante homenaje nacional de que, con tan justos merecimientos, fué objeto la hoy respetabilísima y distinguida dama Doña Concepción Manso de Zúñiga y Lapazarán, a la que en esta ocasión renovamos, honrándonos en ello, el testimonio de nuestra rendida y respetuosa admiración y la expresión de nuestra gratitud de cenicerenses, profunda e irrecedera.

(2) En efecto, además de los dos niños que su infortunada madre lanzó por una ventanilla, fueron varios los viajeros que, apercibidos de lo que ocurría, tuvieron tiempo de echarse fuera del tren antes de la caída de éste, aunque también sus cuerpos fueron a parar al cauce del barranco. Y se dió el caso, inexplicable en apariencia, de que aquellos de estos viajeros que fueron a dar sobre las partes cubiertas de guijarros, lograron, en su mayoría, aunque muy seriamente maltrechos, salir con vida; y, en cambio, los que dieron contra el yerbín y la tierra blanda de las orillas perecieron casi todos.

(1) Fueron éstas Rosalía Roldán, María Encarnación Aréizaga y Toribia Prior, dignas las tres, y muy especialmente la primera, de las más sinceras alabanzas.

Otros casos ejemplares

SI admirable en tan alto grado fué la conducta observada por la noble dama, distinguidos familiares y demás personas a que acabamos de referirnos, no lo fué menos, ciertamente, la de tantas otras como, en aquellas tristísimas circunstancias, dieron pruebas de la mayor abnegación y espíritu de sacrificio. Bien quisiéramos poder ofrecer en estas páginas relación completa de todas ellas. No es posible, ya lo hemos dicho, por la natural falta de referencias concretas en muchos de los casos. Mas no por ello hemos de dejar de hacer mención de algunos, verdaderamente ejemplares. Seguro es que habrá noticia de muchos más, que han escapado a nuestra atención. Si así fuera, agradeceríamos sinceramente las aportaciones de datos que pudieran hacérsenos, con vistas a posibles futuras ampliaciones de estas modestas e incompletas impresiones.

Acaso el primero y más inmediato auxilio prestado a los viajeros fuera el de una joven y esforzada mujer, Baltasara Alonso, esposa del peón caminero que tenía su caseta en la carretera de Montalbo, junto al puente de piedra.

A esta buena mujer le sorprendió el estrépito de la caída del tren cuando, con su cántaro al brazo, se dirigía por agua a una de las fuentes inmediatas.

Corrió presurosa, y tal diligencia desplegó en socorrer a aquellos infortunados, que para cuando llegaron los vecinos de Cenicero y pudo comenzarse a trabajar en el salvamento, Baltasara se hallaba en el límite de sus fuerzas, próxima al desfallecimiento. Había distribuido unos sesenta cántaros de agua entre las víctimas, sin probar ella, en aquel esfuerzo agotador, en una tarde de fuego, ni una sola gota.

Ya hemos dejado consignado, cómo en la misma caballería utilizada por el mensajero que llevó la infausta noticia, partió hacia Torre - Montalbo el párroco de Cenicero don Gabriel Jiménez Escudero. Llegó éste al escenario de la catástrofe cuando la esposa del señor Conde de Hervías, doña Carolina, atendía a uno de los fogoneros del tren, Francisco Landaburu, que se hallaba agonizante —y que luego falleció— y al que inmedia-

tamente dió la absolución. Luego, colocándose en sitio desde el que dominaba el montón de escombros, absolvió también a todos los desgraciados que se hallasen en el último trance.

En seguida se entregó afanosamente al salvamento de heridos. Permaneció toda la noche sin descansar, sin sentarse siquiera. Al día siguiente, su salud, delicada, se resintió. Cayó en cama...

Caso admirable de abnegación en el cumplimiento del deber, hasta el sacrificio, fué el del Guardia civil Manuel Aguirre, que prestó servicios de vigilancia en el lugar de la catástrofe.

Perteneciente al puesto de Badarán, Manuel Aguirre partió, en la madrugada del 27 de junio y en cumplimiento de otro servicio, para San Vicente de la Sonsierra, haciendo a pie 28 de los kilómetros del recorrido. En San Vicente recibió la orden de acudir, también a pie, al puente de Montalbo, recorriendo otros 15 kilómetros. Llegó a media noche, e ininterrumpidamente prestó sus servicios en aquel lugar el resto de ella, todo el día 28, la noche del 28 al 29 y toda la mañana de este día, hasta llegar al límite de sus fuerzas sin proferir una queja. Retirado a Cenicero, no quiso que lo visitaran los médicos por no apartar a éstos de la atención a los heridos en la catástrofe. Al fin, a las seis de la mañana del día 30, fué atendido por primera vez, en vista de su estado. A las diez, ya estaba muerto.

Otro altísimo ejemplo de esta clase lo dió el oficial de Correos don Luis Martínez, que en unión de otro compañero, don Angel Zaro, que pereció, prestaba sus servicios de ambulante en el tren siniestrado.

Herido de mucha consideración en distintas partes del cuerpo, el señor Martínez se negó insistentemente a ser hospitalizado, no consintiendo en abandonar la correspondencia confiada a su custodia hasta que, al cabo de mucho rato, con la llegada de la Guardia civil, pudo ésta hacerse cargo de la vigilancia. Cuando don Luis Martínez fué, al fin, trasladado al hospital, su estado era tal que iba delirando. Afortunadamente, al cabo de algún tiempo, sanó de sus heridas.

Acreeedores a todos los elogios se hicieron también, sin una sola excepción, cuantos convecinos ostentaban entonces puestos de mando, de autoridad, de representación, responsabilidad, etc., por el celo y actividad infatigables desplegados en el cumplimiento de su, aquellos días, complejísimo y arduo cometido, disponiéndolo todo del modo más conveniente, vigilando y orientando la exacta realización de lo dispuesto, dando cima, en fin, con el más esforzado ánimo y absoluto acierto a su abrumadora labor.

Tanto el entonces Alcalde de la villa, don Francisco Montejo, que lo era interinamente, por alejamiento temporal de la Alcaldía, debido a su estado de salud, de don Santiago Artacho, como la totalidad del Concejo; el Juez Municipal, don Francisco Verde Rodríguez; fiscal municipal, don Nicolás Sáenz; secretarios del Ayuntamiento, don Nemesio Íñiguez, y del Juzgado don Eustaquio Hernández; coadjutores, don Roque Velázquez y don Zacarías Metola; cura párroco de Torre - Montalbo, don Claudio Lejárraga; jefes y fuerzas de la Guardia civil de Cenicero, todos rivalizaron en actividad y diligencia, acudiendo de los primeros al lugar de la hecatombe, adoptando rápidamente y con exacta visión de la importancia y magnitud de la desgracia, las medidas más urgentes propias del caso, y participando, por último, directamente y con todo ardor en las humanitarias tareas de salvamento.

Igualmente deben ser mencionados, por el gran interés y actividad que pusieron en toda su actuación

de aquellos tristes días, el Excmo. Sr. Gobernador civil de la provincia, don Víctor Ebro, y el que circunstancialmente desempeñaba este cargo el día de la catástrofe, don Tirso Alonso; Ilmo. Sr. Fiscal de la Audiencia, don Antonio Gullón; comandante de la Guardia civil, jefe de la provincia, señor Pujalde; médicos de Logroño, don Martín Navasa (éste, enviado por la Compañía del Ferrocarril), don Dionisio Presa, don Eusebio y don Ricardo Vallejo (padre e hijo), Castroviejo, Moroy, Chelva y otros; médico de Fuenmayor, don José Murias; médico de la Compañía del Ferrocarril en Haro, don Pedro Crespo; Cruz Roja de Logroño, con su presidente, don Gregorio Escudero; Alcalde de Logroño, don Francisco de Paula Marín, que acudió con un importante socorro de víveres y material de desinfección; Cruz Roja de Haro, con su presidente, don Enrique Tosantos Ferrer; comandante, don Juan Olavide, y capitanes, señores Padilla, Ochoa y Vila, que mandaban las fuerzas de Ingenieros Zapadores que acudieron a Torre - Montalbo; fuerzas del Regimiento de Infantería de Bailén, que también participaron en los trabajos; teniente retirado de la Guardia civil, residente en Cenicero, don César González; don Alejandro Ganzábal, maestro de obras y concejal logroñés; los también logroñeses don Pío Amelivia y don Francisco Galindo y, en fin, tantos y tantos otros como, sin duda alguna, podrían figurar junto a los citados.

Para todos, gratitud y admiración perdurables.

2

Cómo lo cuentan los que lo vieron

PARA que no falte a estas páginas el testimonio vivo de alguno de los actores de la espantosa tragedia, hemos buscado el de varios viejos cenicerenses que tomaron parte muy activa en los trabajos de salvamento. Con ellos hemos mantenido una larga conversación en la que, con asombrosa precisión, nos han ido dando una larga serie de interesantes pormenores acerca de lo que allí vieron e hicieron.

—Tienen ustedes—les decimos para empezar—muy buena memoria.

—Es—nos replica uno de ellos—que el que vió aquello en todo su espanto no podrá olvidarlo por mucho que viva. Cuadros así se le quedan a uno

—¿Llegó usted el primero?—Le decimos, señalando a los otros ancianos que le acompañaban en la entrevista.

—El primero fui yo—nos aclara uno de éstos—. Estaba yo allí mismo, muy cerca del puente, midiendo tabla con otros trabajadores. Si no hubiera sido por el arbolado, incluso hubiéramos visto caer el tren. Pero, claro, oímos el ruido, que fué espantoso. Todos acudimos a escape. De los que estaban conmigo, yo llegué el primero porque atravesé el río y los otros se fueron a « arrodear ».

El que así se expresa es Eladio Martínez, un hombre sosegado, templado, de fuerte constitución que aún



D. Eladio Martínez, D. Eloy Lagunilla, D. Laureano Marín y D. Elías Romero, testigos presenciales de la catástrofe y participantes en el auxilio a las víctimas

fijos para siempre en el pensamiento como grabados a fuego.

Es el que ha hablado un anciano todavía ágil, de pocas carnes, con un destello inteligente y vivaz en la mirada, que no tienen fuerza para velar las gafas de concha que usa. Se llama Laureano Marín y debió ser, cuando joven, hombre ligero de cuerpo y de entendimiento, inquieto y de genio despierto. Un tipo simpático e interesante.

—¿Acudió usted pronto—le preguntamos—al lugar del desastre?

—A escape. ¡Menudas piernas tenía yo entonces! ¡Y cómo corrí!

no han quebrantado demasiado los años. Su hablar es un poco lento, como si antes de pronunciarlas, buscara con cuidado las palabras que mejor expresen lo que quiere decir.

Nuestro tercer interlocutor es Elías Romero, también de robusta complexión, algo tardo ya de movimientos, pero todavía lejos de la decrepitud. Tampoco es hombre de muchas palabras aunque cuando habla precisa exactamente lo que dice. Su memoria es feliz.

—Diga usted—nos apunta éste, corroborando nuestra última observación—que las dos locomotoras que llevaba el tren eran la « Abando » n.º 55, que

iba la primera, y la « Madrid » n.º 40. De esta segunda se mató el fogonero.

—¿Y de la otra?

—Creo que en la otra se salvaron los dos que iban. Es que, ¿sabe usted?, esta otra no volcó. Recorrió, ya descarrilada y después de salir del puente, más de cien metros, pero se quedó « tiesa » (9).

—Díganme ustedes algo del admirable comportamiento de Cenicero en aquella triste ocasión.

—Mire usted—se adelanta Laureano—allí, es verdad, acudió todo el mundo, viejos y jóvenes, hombres y mujeres. Y cada uno hizo lo que pudo. Todo lo que pudo. Pero, digo yo, que cualquiera en nuestro lugar hubiera hecho lo mismo. ¿O es que los íbamos a dejar morir allí sin echarles una mano?

—Claro que no. Pero todos coinciden en alabar la abnegación y el valor demostrado entonces por los cenicerenses.

—Es que hay veces que la obligación de uno es esa: entregarse del todo. Y el hombre que es hombre la cumple, y a otra cosa.

—¿Fué muy difícil socorrer a los heridos?

—Fué tremendo. El tren, que había formado un montón enorme—continúa Laureano—se bamboleaba y crujía de un modo que parecía que se iba a desplomar otra vez de un momento a otro. Daba miedo tener que meterse por entre aquel laberinto de tablas y hierros retorcidos. Miraba uno para arriba, veía moverse todo aquello y se le ponían a uno los pelos de punta.

—Pero ustedes se metieron.

—Claro. A ver qué íbamos a hacer. Gritaban tanto y tan desgarradoramente los heridos...

—¿Cómo se las arreglaban ustedes?

—Al principio—tercia Eladio—muy mal. No teníamos herramientas. Claro, acudimos todos tan de prisa... Nosotros, con un hacha que trajo un guarda de « El Sotillo » al que decían el « Aspero », logramos librar a un viajero que tenía una pierna aprisionada con una ventanilla. Luego, cada uno por nuestro lado, continuamos haciendo lo que podíamos.

—No deje de poner—vuelve a intervenir Laureano—que el Sr. Conde de Hervías, Don Trinidad, se portó como un valiente. Para cuando nosotros llegamos, allí estaba él ya con su familia y algunos braceros, acudiendo a todas partes y disponiéndolo todo. El fué, también, quien nos proporcionó algunas herramientas. ¡Y cómo trabajó él mismo!

(1) En efecto, de la locomotora « Abando », tanto el maquinista como el fogonero salieron ilesos. Sin embargo, por aquellos días se dijo que el maquinista, Manuel Orbe, había quedado con las facultades mentales perturbadas a causa de la gran impresión recibida. De la « Madrid » murió el fogonero, Francisco Landaburu, y sufrió heridas leves el maquinista, Jenaro Delgado.

Al llegar a este punto queremos hacer observar con qué claridad se advierte que nuestros interlocutores, en cuanto pueden, rehuyen hablar de sí mismos para encomiar lo que hicieron los demás. Sin demostrar que nos hemos apercibido de esto, que tanto les honra, continuamos el interrogatorio. Mejor dicho, seguimos dejándoles hablar a sus anchas ahora que, metidos ya en conversación, todos se han animado a hablar.

—Puede que usted no sepa—interviene Elías—que en el tren viajaba una pareja de la Guardia civil conduciendo a un preso. Murieron los dos guardias y, en cambio, el preso se salvó. Dicen que luego éste se presentó voluntariamente a las autoridades.

—Bueno, sí—le ataja Laureano—; pero nada de eso se sabe seguro si fué verdad. Yo no supe que se confirmara.

—Así se aseguraba. A mí no me digas más.

—Lo que sí fué cierto—habla ahora Eladio—fué lo del difunto « Lasnias ».

—¿El sordo?

—Ese.

—¿Cómo dicen ustedes que se llamaba?—interrumpimos nosotros.

—Creo que Justo Rivera. Pero aquí le decíamos el « Lasnias ». Pues resulta que éste había estado trabajando en una finca de allí cerca y, cuando llegó el tren, estaba echándose la siesta a la sombra de una de las cepas del puente. La misma, justamente, junto a la cual cayó todo el tren. Calcule usted el susto que se llevaría. Y me parece que salió ileso.

—No, no—opone Elías—; resultó herido, hombre.

—Bueno, pero sería muy poco. Todo lo más algún rasponazo (2).

—Las que también hicieron un gran papel fueron las mujeres—dice ahora Laureano—. Todas iban con cántaros y cacharros por agua a una fuente que había allí cerca. Porque eso era lo que pedían con gran afán todos los heridos sepultados y aprisionados entre los vagones: « ¡Agua, agua! ». Muchos estaban en lugares tan profundos o tan estrechos que no se podía llegar hasta ellos. Por fin, con alambres perforamos los nudos de unas cañas. Metíamos éstas por entre las rendijas de las tablas rotas y, cuando el herido tenía una punta en la boca, le echábamos agua por la otra. Así aliviábamos la sed a muchos, mientras se intentaba abrir paso para llegar hasta ellos.

(2) Salió muy mal herido. Y, en realidad, no estaba durmiendo cuando cayó el tren. Había echado allí la siesta, efectivamente, pero ya llevaba un buen rato de faena con otro compañero—estaban trabajando en las mismas rampas del puente—cuando bajó al cauce del Najerilla a llenar el barril para apagar la sed. Estando en ello, llegó el tren y cayó. Una pequeña astilla le dió en la cabeza y le hizo caer sin conocimiento. Ya en el suelo, le alcanzó otro trozo de madera mucho mayor produciéndole graves heridas en distintas partes.

—A mí— cuenta Eladio—no se me olvida una señora, a la que sacamos ilesa de donde se encontraba aprisionada, que decía que ella tenía que encontrarse muy mal, porque estaba segura de que había roto el techo del vagón con la cabeza.

—A nosotros lo que nos pasó—refiere a su vez Laureano— fué que, rompiendo tablas para extraer a unos viajeros, las íbamos tirando y amontonando a un lado, hasta que los gritos que empezaron a salir de aquella parte nos indicaron que las estábamos echando encima de otros heridos. Al fin pudimos sacarlos a todos.

—El que también se salvó—precisa Eladio—fué el del pescado. Quiero decir el que venía al cuidado del pescado fresco que traía uno de los vagones. Por cierto que, con aquellos calorazos, al día siguiente era insoportable el olor que despedía la pesca. Se percibía desde qué sé yo qué distancia...

—También me acuerdo—ahora habla otra vez Laureano—de un fraile que estaba aprisionado por un brazo y por la cabeza. Pedía que para sacarlo de allí le cortáramos el brazo. Pero cuando intentamos llegar hasta él, nos decía que primero atendiéramos a otros más graves, sobre todo a los que fueran padres de familia, que él todavía podía aguantar algo más. Al cabo de lo menos tres horas pudimos sacarlo en estado bastante grave, pero acabó sanando. Luego venía

todos los años a Cenicero en el aniversario de la catástrofe a decir una misa (1).

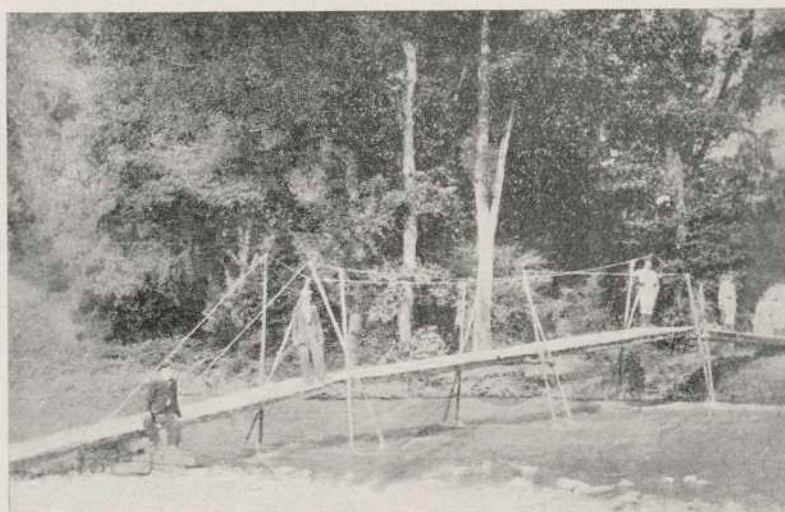
—Hubo tantos muertos y heridos—dice ahora Elías—porque el tren cayó en montón. Si hubiera caído extendido se hubieran salvado muchos más.

—Pero, en cambio—aclara Laureano— tuvimos la suerte de que la lumbrera de la máquina que volcó quedara arriba, al borde mismo del desmonte. No quiero ni pensar lo que hubiera pasado si aquel fuego llega a caer sobre el tren...

Aún continuamos hablando con estos viejos cenicerenses durante largo rato, de la tragedia de Torre-Montalbo. Así vamos escuchando muchas de las cosas que ya conocíamos por otros conductos y que, por tanto, están recogidas en distintos lugares de estas páginas.

Con lo apuntado—que hemos procurado transcribir con la mayor fidelidad—basta para advertir que incluso ahora, al cabo de medio siglo, continúan aquellos cenicerenses pretendiendo quitar importancia a su proeza y considerándose bien pagados con la íntima satisfacción de haber podido ser útiles a sus semejantes.

(1) Se trataba de Fray Juan Antonio Sáenz de Heredia, guardián de la comunidad de franciscanos de Alfaro, cuya edificante conformidad y abnegación fueron, en efecto, ejemplares.



Puente construido por los ingenieros para el transbordo

LA CONCESIÓN DEL TÍTULO

MAS si para aquellos cenicerenses su propia satisfacción era su premio mejor, no faltó quien se ocupara de que su heroico y sublime sacrificio tuviera justa recompensa.

Nada quería Cenicero ni nada pidió. Pero el joven monarca entonces reinante, Don Alfonso XIII, había escuchado el informe de su ayudante, el coronel de Ingenieros, Sr. Repollés, espontáneamente enviado por el rey al lugar de la catástrofe en representación suya, y conoció asimismo las referencias del Director General de Obras Públicas, Sr. Burgos, y del Diputado a Cortes por este distrito, Don Donato Gómez Trevijano, que también habían permanecido varios días en Cenicero.

Y el monarca quiso hacer justicia premiando cumplidamente tanta generosidad.

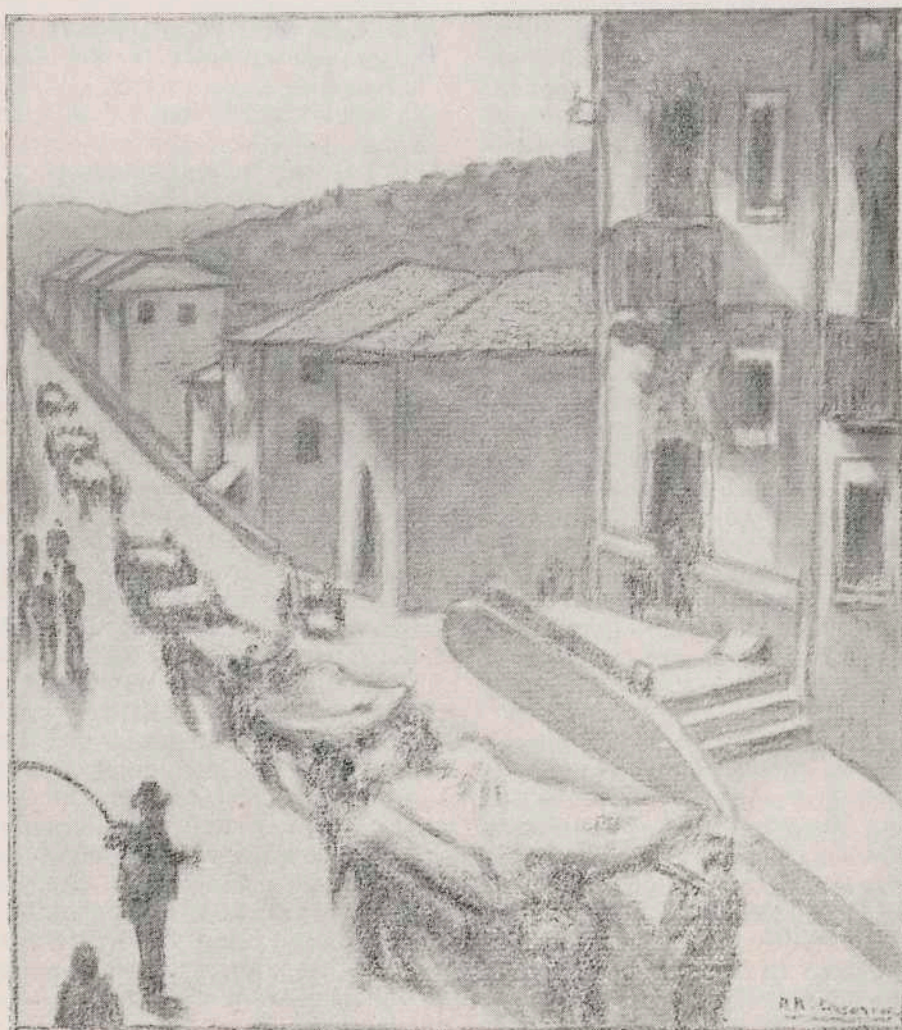
Desde el día 19 de enero de 1904, Cenicero ostenta con orgullo el título de Ciudad, ganado del modo más gallardo y legítimo.

Dice así el Real Decreto por el que el honroso título fué otorgado, según la comunicación oficial cuya reproducción, en fotocopia, ofrecemos en lugar preferente de estas páginas :

« Deseando dar testimonio público de Mi Real aprecio á la villa de Cenicero con motivo del humanitario proceder de sus habitantes en la catástrofe del puente Torremontalvo, ocurrida el día veintisiete de junio del año próximo pasado, vengo en concederle el título de Ciudad.

Dado en Palacio, á diez y nueve de Enero de mil novecientos cuatro—Alfonso.—El Ministro de la Gobernación, José Sánchez Guerra ».

Para nosotros, los cenicerenses de hoy, serán siempre nuestro anhelo y preocupación mayores saber mantener a nuestra amadísima Ciudad digna de este honroso y limpio título que para ella, y con su abnegación e ilimitado amor al prójimo, ganaron nuestros padres.



Dibujo que reproduce el traslado, en camillas, de las víctimas de la catástrofe

Honor y legado de nuestro título de Ciudad

POR RICARDO RUIZ DE AZCÁRRAGA
(HIJO PREDILECTO DE CENICERO)

TERMINABA yo mis vacaciones en la Rioja cuando recibí una carta de unos jóvenes y queridos paisanos. Me pedían en ella que les escribiera para las páginas del «Regadío» unas cuartillas alusivas a la Ciudad en la conmemoración de su primer medio siglo.

Se las envío con mucho gusto por el motivo y muy complacido, además, por el rasgo simpático y generoso de nuestras juventudes de situarse en un primer plano para rendir ese homenaje, y para defender los intereses morales y materiales de aquélla.

El hecho histórico de que tratamos es, por tal motivo, común a todos los cenicerenses y comunes también los recuerdos y sentimientos; cosa también muy grata para mí. Lo haré, en fin, objetivamente, en unas impresiones y comentarios de carácter general y sin particularizar en ningún caso, por lo tanto, por no ser éste el objeto del tema.

En cierto modo puede decirse que los pueblos, a semejanza de los seres humanos, tienen Cuerpo y Espíritu. Con caracteres diferenciales muy acusados, como es natural, en ambos términos de comparación.

El Espíritu, a los efectos de esta crónica, lo entendemos como el conjunto de factores inmateriales o de actividades anímicas que dan lugar al modo de ser y a la manera de sentir, pensar, querer, etc., de los seres humanos; en nuestro caso, a los riojanos y, concretamente, a nuestro pueblo.

No nos referimos tampoco, claro está, a cada uno de ellos, sino a la suma de cuantos, a través de los tiempos, puedan crear y dar fisonomía especial o carácter a un pueblo o ciudad.

El Espíritu, comprendido dentro del inmenso contenido del mundo interior, no lo utilizamos aquí como tesis doctrinal o académica, sino para señalar y dejar sentado que de ahí procede la razón fundamental para que pueda ostentar Cenicero legítimamente su título de Ciudad.

El hombre, dotado en la creación de valores específicos excepcionales, tiene un origen, una misión, una responsabilidad consciente y un destino de Eternidades. Su alma es un don y elemento supremo que le diferencia de todo lo creado. Y es en la que se integran esencialmente todos los matices de lo que llamamos Espíritu.

De este modo, con todas sus cualidades y matices, toman los pueblos lo más característico, lo más esencial y definido del alma de sus hijos para formar con ello, a través del tiempo, la psicología y la manera de ser peculiar de naciones, pueblos y familias.

Ejercen también una gran influencia las características raciales, psicológicas y climáticas de cada país, así como la religión con su filosofía milenaria. Los usos y costumbres, la cultura, la educación, sometidas todas a las variaciones que imprime el proceso evolutivo de la vida.

Estamos sometidos, además, a leyes naturales tan maravillosas como la que determina que el Universo en conjunto y la vida con todo su contenido (seres vivos, plantas, minerales, ambiente, etc.), *sea infinitamente variada*. Cada uno es como es, dice la sabiduría popular.

Y así es realmente, desde el pensamiento a la materia, pasando por el resto del contenido humano.

Con todo ello los seres humanos tienden a unirse por las múltiples afinidades de diversa índole que entre ellos existen. Y se agrupan viviendo en territorios bien delimitados, que son las naciones, a las que la Historia consagra, con derechos de independencia y soberanía.

Dentro de esa unidad nacional, las regiones tienen sus características territoriales y humanas que las distinguen entre sí: como nos ocurre con la Rioja.

Todos esos conceptos que hemos expuesto someramente, nos sirven de guía y llevan mis pasos desde el sentido universal y amplio que tengo de la vida, al más concreto y regional de las tierras amadas de España, la Rioja, y especialmente Cenicero, donde tuve mi cuna.

Aquí tenemos nuestro modo de ser regional, con matices distintos de los demás, que dependen de la manera de ser, sentir, pensar y actuar de cuantos vivimos en ella.

Pero también, y de modo extraordinario, como acontece en todas partes, de la influencia espiritual de nuestros antepasados, que sobre nosotros flota y gravita. No son sustancias ni fuerzas palpables ni visibles, pero nos influyen evidentemente. Nos dejaron el ejemplo meritorio que perdura, el recuerdo emocionado que no se extingue, el beneficio que percibimos cada día y el honor que nos legaron sus virtudes o sus méritos.

La suma de todos estos factores son, en esencia, lo que constituye el Espíritu de cada pueblo, que varía como es natural de unos a otros en su cantidad y especialmente en su calidad.

A nosotros, riojanos y cenicerenses, nos toca, por uno y otro concepto, bendecir y alabar el ambiente espiritual que nos han legado. Nos honra, nos beneficia y contribuye evidentemente a nuestra felicidad.

Pero nos obliga mucho, porque, en primer lugar, tenemos que merecerlo cada uno y perfeccionarlo a ser posible, para que los que nos sucedan reciban de nosotros incólume o mejorado el tesoro espiritual del que ahora somos depositarios y beneficiarios transitoriamente.

Desearíamos darles, como nos las dieron, todas las bellas cualidades del alma, nuestra espléndida vida sentimental y afectiva, la actividad y capacidad para el trabajo, el valor, la fantasía y la forma expresiva y alegre de la manera de ser.

También la franqueza campechana y nuestra propia estimación, que nos hacen reconocer nuestros defectos (que los tenemos como todo el mundo) y de los cuales lo que más puede dolernos es que no fuéramos capaces de saberlos modificar o corregir.

Nuestra situación geográfica tiene también gran influencia en nuestro modo de ser, hábitos y costumbres; en nuestro espíritu, en suma. Constituímos un enclave geográfico de Castilla la Vieja, entre las Vascongadas, Navarra y Aragón. Y con ellas, en diversas situaciones y en determinadas circunstancias, hemos convivido íntimamente (entre afinidades o discrepancias como vecinos) e intercambiado idioma, costumbres, cultura y fe.

Es nuestro mejor elemento de unión ahora, más que de separación, el Ebro; Río Hispano y nuestro río local. Viéndonos en él todos sus ribereños, nos parecemos bastante realmente, aunque tengamos varios elementos de diferenciación.

Nuestra madre Castilla nos proporciona el solar sobre que vivimos y en el que nació nuestro rico y universal idioma castellano. Nos dió, por añadidura, el sentido y la emoción de la llanura, con su gran influjo espiritual sobre sus moradores y en sus hábitos sobrios y austeros. Y colaboramos formando parte de ella en la gran epopeya de la unidad nacional, hace siglos.

De esta unidad patria, que es España, viene a nuestro espíritu, entre otras muchas cosas, el sentido histórico y universal que se extiende por todo el ámbito nacional con caracteres generales para ir tomando después, gradualmente, matices especiales en cada una de las diversas regiones que por múltiples razones habían adquirido una personalidad típica y perfectamente definida.

Figura entre ellas la provincia de Logroño y, más concretamente, la Rioja, a la cual ninguna supera en elementos de fondo y forma, para ser lo que es, lo que representa y lo que todos admiran.

Dentro de ella, en la denominada Rioja Alta, próxima a la capital y entrañablemente unida a Logroño, se encuentra la actual Ciudad de Cenicero, cuyo cincuentenario de la concesión de ese título celebramos ahora.

Su espíritu es el que me ha servido de guía y esquema general para los datos e interpretaciones anteriormente señalados. Y con ello rindo el mayor tributo de admiración y cariño a mi querido Cenicero, a través del cual creo conocer bien el alma riojana y servir a esa información sincera y lealmente.

Mucho más pudiera decirse, en varios aspectos de su vida, pero ahora nos interesa más su espíritu; ese de que venimos hablando en estas líneas

y en el que aún se pueden señalar matices especiales dentro del marco regional descrito.

El cenicerense es un ser, como sus hermanos regionales, noble, sencillo, valiente, generoso y cordial; con un excelente buen sentido y gran capacidad de trabajo.

Es de los que, como dice Estefan Zweig, viven conforme al refrán vienés de *Dejar la vida a la vida*, de gran contenido humano. Así lo entienden mis paisanos, que viven y consumen la vida plenamente, produciendo y gastando cada día con excelente buen humor, lo que tienen o lo que pueden; sin reservas ni ahorros en el esfuerzo, ni en su prodigalidad para dar o gastar.

Sentimentales y emotivos, sienten y quieren con la misma generosidad y puede decirse que con idéntica esplendidez.

¡Cuerpos de hombres con almas de niños! Por eso es este último un elemento fundamental de su vida.

Contrasta su rudeza en la expresión con la ternura hacia el niño y la pasión con que se entregan a los nobles y grandes sentimientos de la vida; por esa ruta llega hasta el heroísmo sin límites, ni ostentación, como ya lo ha hecho.

Y así los encontró el destino cuando la fatalidad quiso que el tren correo de Bilbao a Barcelona interrumpiera su ruta, yéndose al abismo por el puente de Torre-Montalbo la tarde aciaga del 27 de Junio de 1903.

La espantosa tragedia produjo muchos muertos e infinidad de heridos. Y el cuadro que vi desde el primer momento (siendo poco más que un niño) nos hizo entonces, y nos parece ahora, una visión dantesca.

La reacción y la actuación de nuestros paisanos fué maravillosa, espléndida. Cenicero todo y Torre-Montalbo dedicaron su existencia, integralmente, a la ingente misión en ininterrumpido servicio de salvar, curar, cuidar, consolar y, en último extremo, enterrar a los muertos. Hombres y mujeres, sin distinción de edades ni de clases, muchachos, hasta casi niños, no dedicaron, sino que entregaron todas las actividades de su vida a esa misión en sublime esfuerzo.

Se abandonó todo por bastante tiempo: el campo, el hogar, la familia, hasta las mínimas atenciones personales de su alimentación y descanso. Los hijos en la calle, en relativo abandono. Los hogares quedaron sin colchones apenas, ni ropas ni camas que fueran necesarias para atender aquel hospital de sangre en que se transformó el pueblo.

Después, ya serenamente, pasadas las primeras horas, continuó su actuación con idéntica entereza y decisión, pero ya, aunque penosa, en otro estilo no menos meritorio. La de cuidar y atender a los heridos durante semanas y semanas, haciéndolo a sus expensas, como si de sus propios familiares se tratara, y no consintiendo que salieran del pueblo más heridos que aquellos que necesitaban asistencia quirúrgica de más importancia. Y todo esto después de esa actuación mantenida tanto tiempo en el mismo tono caritativo y heroico, el rasgo impresionante de un gran pueblo: la modestia, el sincero convencimiento de que no se hizo nada meritorio.

Todos los de allí fueron actores en aquella tragedia. Los méritos individuales, que los hubo muy destacados, contraídos por diversas razones y circunstancias, los premió el Gobierno individualmente y fueron aceptados porque no podían eludir la gracia. El resto, la totalidad del pueblo actuante (sin exceptuar a los anteriormente aludidos) no aceptaron nada colectivo, por entender que Cenicero había cumplido simplemente con su deber.

Pueden legítimamente, pues, ufanarse todos y cada uno de cuantos actuaron en aquella memorable ocasión; y es muy justo y hasta obligado el que en cada hogar se mantenga vivo ese recuerdo para siempre, como homenaje a los familiares que lo realizaron y ejemplo de sus descendientes.

En aquellas circunstancias excepcionales de exaltación sentimental y humana de nuestro pueblo, tuvo su origen (su gestación pudiéramos decir) la Ciudad de Cenicero.

El *Amor* al prójimo y la *Caridad* fueron sus legítimos progenitores. Y no faltó en el trance, a la hora de dar vida a ese título, ni el sufrimiento ni el dolor. ¡El dolor purificador que tanto conmueve el alma. Precursor que alumbra los grandes acontecimientos, como la vida misma!

El honroso título de Ciudad que daba tal categoría a nuestro pueblo, fué concedido por las altas Jerarquías del Estado, haciéndose eco del deseo unánime de la Patria, habituada a premiar sin demora los méritos relevantes.

El pueblo que nunca pensó en recompensa de ninguna clase recibió con gratitud, pero con sencilla naturalidad, el alto honor que ese título le otorgaba. Los títulos, cuando son merecidos, como en esta ocasión, proporcionan satisfacción y honor. Pero es más honroso todavía el saberlos usar y el haberlos merecido. No ha olvidado esto Cenicero en el primer medio siglo que tiene de vida la Ciudad, y lo sabe llevar con simpática naturalidad y sencillez. Con ese sentido tan despierto que tiene de su dignidad y propia estimación.

De este modo, Cenicero Pueblo, quedó transformado en Ciudad.

La Ciudad sigue cordialmente hospitalaria, gentilmente hidalga, simpática y bulliciosa. En su amabilidad y esplendor para con el forastero, es como sus hermanas riojanas, realmente insuperable.

Su laboriosidad, aplicada a la variedad de cultivos en sus campos, es causa de que lleve una vida activa e intensa. La fuerza expansiva de su espíritu los hace sinceros, expresivos y sociables.

Por eso el hogar tan querido tiene su continuación en la calle, que en cierto modo es continuación de aquél. Así, al terminar su jornada diaria de trabajo y cambiado el atuendo de faena, deambulan por su calle principal, haciendo de ésta, a la vez, lugar de paso, punto de cita y paseo.

Allí reviven cada día los acontecimientos gratos o adversos, las impresiones y emociones de la jornada, los afectos y los recuerdos en los que todos sus hijos podemos darnos como presentes con frecuencia.

Es la hora (en cierto modo) de la emisión del «Diario hablado de la Ciudad», redactado por todos.

Y vamos ya al final, por el camino del resumen.

El título de Ciudad, otorgado con tantos merecimientos a Cenicero, es un honor para sus hijos, especialmente para las generaciones de años remotos que nos precedieron y nos legaron muchas y magníficas virtudes, logradas en sucesivas decantaciones y mejoras a través de los tiempos.

Rindámosles el tributo de nuestra gratitud y de nuestra alta estimación, por habernos puesto en condiciones de ser capaces de realizar grandes empresas en la vida.

Nuestra cordial y emocionada gratitud también a todos los cenicerenses que, en edad apta para ello, tuvieron la desgracia de sufrir las terribles emociones de la catástrofe de Torre-Montalbo y luego el mérito de actuar en ella del modo insuperable que lo hicieron.

Para todos y cada uno de ellos, vivos o muertos, ausentes o presentes, enviamos y pedimos: el más sentido y piadoso recuerdo para los ya desaparecidos; y nuestra efusiva felicitación para los que, por fortuna, aún tenemos la dicha de contarlos entre nosotros.

Pueblo y Ciudad son, en fin, dos etapas de la existencia de Cenicero, que le conducen en su ruta a su remoto destino. En ella le vamos siguiendo con fidelidad y cariño entrañable. Y así le acompañaré ilusionado hasta que llegue a su término el viaje, que es nuestra vida.

ENTORNANDO LOS OJOS

POR DIEGO OCHAGAVÍA

(VICEPRESIDENTE DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS)

SON las calendas del 27 de Junio de 1903, cuando en el siglo XX, apenas nacido, principiaba a revolucionarse el mundo al influjo de los grandes y transcendentales inventos. Era una plácida tarde riojana, cuajada de flores y de aromas, en la que un cielo implacable se dejaba caer con todo su sol sobre la tierra, que abanicaba su sofoco sacando brisas frescas — cargadas de olores a campo — del Ebro próximo, que, enamorado de la Región, traza curvas y meandros para dilatar el paso, mientras discurre majestuoso entre chopos verdes y verdes cañaveras. La vegetación lujuriente de los huertos, el oro de las mieses, la militar formación de las vides que delimitan los oteros y las lomas, la tonalidad policroma del paisaje — ocre, sienas y grises, con azules de sierras y oscuros de lejanías — y la paz del ambiente, más bien presagian felicidad y vida, que la tragedia, con la Muerte por protagonista, que ha de representarse seguidamente en escenario tan bello y luminoso.

Hacia años ya que la Rioja, incorporada al progreso desde que, fracasados los intentos del ferrocarril a Burgos, fijó Bilbao sus ojos descubridores de posibilidades en nuestro suelo, había conseguido autorización — en 11 de Junio de 1856 — para construir la línea Tudela-Bilbao, fusionada con la del Norte a partir de 1878. Ya el paisaje riojano ha sabido familiarizarse con el estruendoso rodar de los convoyes, el silbido agudo de las locomotoras; se ha atado a la cintura una doble línea de acero, como también recogió las melenas de sus pámpanos con las redecillas de cobre de los tendidos eléctricos. Y sus castillos, casas nobles y fortalezas, a pesar de respirar en el medievo, intuyen que el humo y el vapor que escapa de las máquinas no serán presagios ni predicciones, sino bandera y gallardetes que, tremolando, escriban en el limpio y claro cielo el gozo de sentirse esta tierra conquistada por la nueva fuerza que cambiará la faz del mundo, dando a la vida de los hombres ritmo y vigor inusitados.

Ya Espartero — el riojano por afectos y elección — había inaugurado — representando a

Isabel II — las primeras líneas aragonesas y castellanas; sestean inactivos los tiros de las viejas diligencias, arrumbadas y sólo en uso para servicios auxiliares; han aprendido los viajeros a descubrir emociones nuevas y a estrenar inéditos paisajes; y las casas de los burgos y villas, han adquirido la condición de atalayas que vigilan en el horizonte vellones blancos y negros, en tanto que, en sus torres, el reloj parroquial enferma de celos al verse suplantado, en su misión de medir el tiempo, por la llegada del tren correo de las cuatro, el exprés del mediodía o el mixto de las 22,45. Se ha perdido el respeto a la aventura — antes hazañosa y valiente — de atravesar las Conchas de Haro por el túnel de San Felices, y los arriesgados que asoman a las ventanillas han ganado práctica para, con la punta del pañuelo, sacar las carbonillas de sus ojos.

Los andenes de las estaciones no tienen ya su primitiva tristeza; lugares donde la gente, medrosa y cohibida, asustada por la llegada del monstruo, lloraba en la despedida del deudo, tragado por las entrañas negras del reptil de acero, como si fuese un adiós de eternidad. Sus tonos oscuros, de cuadro de Zuloaga o fuertes de Solana, han sido sustituidos por los alegres y chillones de los de cualquier primera medalla en las Exposiciones Nacionales, a la sazón tan en boga. Son ya lugares alegres y pintorescos, a los que también se acude por curiosidad y recreo, donde nuestras doncellas dedican al apuesto galán, de sedoso bigote y rizada barba, la mejor de sus sonrisas, la más dulce de sus miradas, y dicen adiós con sus pañuelos agitados al aire, las palomas de sus manos y la gloria de sus caras, guardando en sus pechos la secreta ilusión de convertirse, un día, en heroínas de otro « Tren Expreso » que escribiera Don Ramón de Campoamor.

El tendido riojano es un festón del Río Ibérico. Por su orilla derecha discurre, porque sabe el papel, esforzado y tenaz, que el río más español de España desempeñó a lo largo de la Historia, actuando de valladar y de foso. Él le presenta belleza, be-sando, en ocasiones, a la vía, para alejarse, rubo-

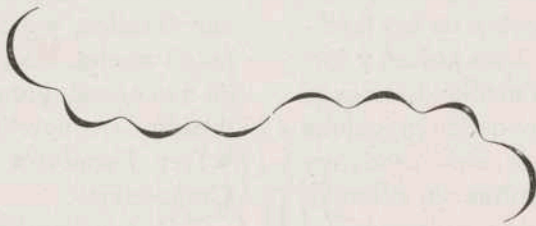
rizado de su atrevimiento, y volver a reaparecer e insistir. Es el nervio central de la pluma de ave que es la hidrografía riojana, que por el Tirón, Najerilla, Iregua, Leza y Cidacos, recibe todo el llanto de las Sierras, el tesoro de sus fuentes y el sudor del coloso San Lorenzo, cuando, sofocado por los estíos, se despoja de su blanca cogulla. El paisaje es ameno, deleitoso, y ofrece a las retinas, siempre curiosas y ávidas, de los viajeros, estampas que les compensan de la aridez castellana, de la sorpresa de los tajos de Pancorbo, donde la llanura se despeña, y del contraste de buques anclados casi en los estribos del tren. Les ofrece castillos y arboledas, viñas y huertos, tierras de pan llevar, y perfiles serranos que parecen salidos de los pinceles velazqueños, con nubes agarradas a su crestería, doradas al caer de la tarde, que asemejan baños, empedrados, graderías y dragones. Y seguramente que sus ojos, distraídos por tan sugestiva belleza, no vieron uno, monstruoso y feroz, que en aquellas horas de la tarde abría sus fauces y humedecía sus labios hediondos con su lengua bipartida y ponzoñosa.

Y así fué. El tren correo, arrastrado por dos máquinas, arribaba, exactamente a las quince y diez, a uno de los parajes más favorecidos por la naturaleza, donde el arbolado se hace selva y el río Najerilla atusa sus desmelenadas grenchas en el peine de piedra del viaducto de Torre-Montalbo, noble estampa riojana, con su torre antañona, morada de Condes.

Le atraviesa la primera máquina, sigue la parte anterior de la segunda y en tan preciso momento la materia falla, se produce el vacío, y por el embudo de apenas diez metros se precipita el tren. La Rioja pagó su tributo al progreso y a la civilización, inesperadamente, absurdamente, pues la co-

sa fué que, en tierra de vides como ella, el siniestro se produjo por fallo de una cepa. El espectáculo es dantesco: ayes, quejidos, imprecaciones, lamentos y encomendarse a Dios; muertos, heridos, miembros rotos, lacerados y arrancados, cuerpos pendientes, otros en trágicas y violentas posturas, caras en las que se refleja el espanto de la muerte, ojos desmesuradamente abiertos al infinito, -- espejos de nubes que ya no ven -- hierros retorcidos, montones de material aprisionando viajeros que claman socorro, polvo, piedra, desolación y congoja. Y las aguas del río, tintas en sangre, van a confesar al padre Ebro su pecado de, silenciosa y calladamente, haber minado los cimientos y con ello haber abatido el orgullo humano que, en su soberbia, las había despreciado como enemigo pequeño e intrascendente.

Y Cenicero, villa de corazón ancho y caliente, se desbordó en el auxilio, rivalizando sus vecinos en labores y afanes de humanidad. Camas, medicamentos y remedios; ajuares de novias convertidos en vendas; ropas interiores, guardadas en arcones con olores de membrillo y trascendiendo a manzanas, hechas material sanitario; y en todas partes el ungüento mágico de la filantropía, el bálsamo de la misericordia y el consuelo inestimable del amor. Ganó ejecutoria de nobleza, altruismo e hidalguía, y de su tierra generosa, regada por la sangre de las víctimas, brotó la flor encarnada y preciosa de la caridad, en cuya virtud —la más interesante y menos practicada por los hombres— tuvo también su heroína, que rasgando sus propias vestiduras, con el calor de su carne joven, supo restañar las primeras heridas y añadir este cristiano blasón, como un penacho de gloria, al escudo de su noble cuna.



Autoridad y cooperación individual en la catástrofe

POR JOSÉ FRÍAS ARTACHO
(ALCALDE DE CENICERO)

NO podía dejar esta Corporación de manifestarse en la conmemoración del cincuentenario de la concesión del título a nuestra Ciudad, y yo, en su representación, quiero hacer constar el orgullo que sentimos al suceder a los que en aquel fatídico día de la catástrofe sintieron sobre sus espaldas la responsabilidad de realizar una tarea superior a las fuerzas humanas.

Todos los problemas locales, por pequeños que sean, son un motivo de preocupación para los componentes de la Corporación, que, pese a la opinión pública, no siempre acorde con ellos, han de procurar resolver con la mejor voluntad. Imagínese, pues, lo que sería para los que entonces desempeñaban estos cargos, enfrentarse con un problema de aquellas dimensiones. Los medios, siempre cortos en un pueblo de la categoría del nuestro, para dar solución a los problemas de salubridad e higiene, habían de situarse en la fecha que conmemoramos y de ese modo darse cuenta de lo que aquello supuso para los gestores del Ayuntamiento. Había de organizarse un hospital de sangre para cientos de camas, careciendo de local apropiado y de las ropas necesarias para montar las camas. Por otra parte, el servicio facultativo era limitado a dos Médicos titulares y los Practicantes correspondientes, agotados después del esfuerzo incesante de las primeras veinticuatro horas. Y, sin embargo, todo se resolvió, como se resuelven estas cosas en pueblos del corazón del nuestro: con la aportación particular. Debió bastar la petición de auxilio de la Autoridad, para que todo el pueblo se pusiese en pie de lucha con todos los medios a su alcance; la prestación personal de los hombres en la salvación, traslado y cuidado de los heridos; la mujer ayudando con todas sus fuerzas en el trabajo del hombre, facilitando camas, ropas y lo que valía más, sus cuidadosas manos para curar las heridas. Con un estímulo de esta clase, no hay Autoridad que claudique ante el problema más dificultoso, y es de suponer que en aquella ocasión fué un magnífico acicate para proseguir sus tareas.

Después vendría la ayuda de las Autoridades provinciales y del Estado, pero en los primeros momentos, agudos, desconcertantes, de la catástrofe, este factor humano de cooperación emocionada fué fundamental para realizar algo eficaz en la organización del salvamento, que hubiese sido casi imposible sin este auxilio.

Claro que, a la hora de los resultados, este esfuerzo anónimo y unánime de todos en la resolución de problemas de esta magnitud, se traduce en orgullo y satisfacción del deber cumplido, y esta sensación es la que nos queda a pesar de los años transcurridos y, sobre todo, ese gesto admirable que es necesario destacar, como algo entrañable de este pueblo al que tenemos la suerte de pertenecer, y es la renuncia a figurar individualmente con méritos propios, que los hubo en aquel concurso de galardones que se hubiesen podido lograr fácilmente, y así la concesión del título de Ciudad por la Jefatura del Estado vino a premiar ese anonimato con un honor permanente, legado por aquellos heroicos progenitores, para todos los que en el futuro constituyan esta vecindad.

Y para manifestar públicamente el sentimiento de honor y orgullo por esta concesión, la Corporación de mi presidencia ha acordado colocar en la fachada de la Casa Ayuntamiento una lápida consignando el texto del título de Ciudad, conmemorando el cincuentenario de su logro.

La catástrofe del Puente de Torre-Montalbo

POR EL CONDE DE HERVÍAS

HAY hechos que, en el corazón de un adolescente, quedan grabados con tal firmeza que no se borran jamás, aun con los detalles más insignificantes, y de tal forma que parece se tienen siempre presentes. Tal me sucede con la catástrofe llamada del Puente de Torre-Montalbo.

Con la ligereza de piernas propia de la edad y acuciados por la curiosidad, nos encaminamos todos los chicos del pueblo al lugar del suceso, llegando los primeros; y, como tocados por un resorte, todos nos quedamos parados ante el espectáculo dantesco que se ofrecía a nuestra vista, que observábamos desde cierta distancia, sin osar acercarnos: gritos de dolor, cuerpos mutilados dentro y fuera de un montón de hierros y astillas, era nuestra visión.

Al poco tiempo llegaron los vecinos de Torre-Montalbo; muy poco después, el vecindario en masa, de Cenicero. Ya los chicos tomamos más confianza al estar entre los nuestros, acercándonos despacio; los mayores nos hacían traer agua para mitigar la sed de los heridos. El calor era infernal. Enaguas rasgadas de las primeras mujeres que llegaron, dieron las primeras vendas; el agua fué el «desinfectante» empleado hasta que llegaron los primeros auxilios sanitarios de Cenicero.

En los primeros momentos, la dirección del salvamento de heridos, aprisionados entre hierros y astillas, fué asumida por mi padre, a quien el pueblo de Cenicero secundó como un solo hombre. De este pueblo que ahora celebra el cincuenta aniversario de la recepción del título de Ciudad, puede decirse, en su honor, que no hubo un héroe que destacase sobre los demás. Todos sus vecinos se portaron como tales, con un trabajo agotador y un peligro constante, andando entre hierros y astillas, para sacar a los heridos más necesitados.

Además, el pueblo de Cenicero dió pruebas de una honradez acrisolada y una caridad sin límites

ante el dolor, y para afianzar lo que digo (de otra forma no lo diría) y dejando a un lado el sin fin de cosas trágicas que se tenían a la vista, quiero recordar la reprobable conducta de un hombre ruin, que no era vecino ni de Cenicero ni de Torre-Montalbo, el cual intentó apropiarse de unas onzas de oro que tenía un «indiano» ya cadáver, y al que los demás indignados quisieron linchar, aunque la fuerza pública lo impidió.

El día que vinieron los ingenieros militares ordenaron los jefes que los paisanos se retirasen; mas éstos, como un solo hombre, protestaron ante ellos, y mi padre, que era amigo del coronel, le hizo ver lo denodadamente que habían trabajado hasta entonces, por lo que los admitió a sus órdenes y así siguieron trabajando con el mismo tesón y honradez que habían tenido desde el principio. Las casas de Cenicero y de Torre-Montalbo estaban abiertas a todos los necesitados de auxilio.

No quiero dejar de consignar los hechos heroicos de dos viajeros del tren siniestrado; el oficial de Correos que no quiso abandonar su «oficina» entre los escombros, a pesar de estar herido, hasta no hacer entrega a algún compañero de los valores que le habían confiado; y un religioso que iba a un convento de Nájera y que tenía oprimido un brazo entre dos hierros, el cual, al no poder ser socorrido de primera intención por el gran peso que lo inmovilizaba, dijo que lo dejaran a él para después, por entender que había otros más necesitados. Luego se le sacó y creo que tenía el brazo roto.

Cenicero adquirió ese día el título de Ciudad por derecho propio, y yo me atrevo a añadir que estaría muy bien en su escudo, como lema, la prenda más grande que puede tener una Ciudad: «LA MUY CARITATIVA».

San Sebastián, 9-12-1954.

Torre - Montalbo

SOLAR Y CAMPO DE
DOLOR

POR ALEJANDRO RUIZ DE AZCÁRRAGA



I

La Torre

La Torre

ERA un cerrado encinar cubriendo todo el campo, desde el soto a las crestas de los cerros de Sanquilez y Barbarroja. En la linde del soto, junto a los álamos y chopos de la ribera, altos y frescos, de tiernos verdes, se sentían las encinas rudas y chicas, pero a medida que subían ladera arriba hasta las cumbres, dejando lo de abajo pequeño y reducido, experimentaban una emoción de grandeza. Y desde allí se asomaban a la redonda como airones de hojarasca recia, y veían campos labrados, ruedos de olmos y, a lo último, agudo y azul, San Lorenzo empenachado de nieve. Las de Barbarroja sentían a sus pies la riada del Ebro y aguantaban firmes y duras, a cara descubierta, el azote del cierzo, que volaba helado desde el alto murallón serrano de Peñacerrada, por las tierras alavesas, ásperas de breñales.

La arboleda del soto era otra cosa. Crecía tierna al arrimo del río, y sus troncos no se cansaban de subir, fuertes, derechos, hasta terminar en una cascada de verdor traspasada de sol. Marchaba enramada a lo largo del río, aguas abajo, hasta encontrarse con las del Ebro, y contemplaba fundirse las claras y puras de la sierra, que baja-

ban saltando, con las lentas y densas de río grande que las bebía indiferente.

Un día resonaron por la parte del soto un diluvio de hachazos que sonaban, secos y duros, sobre los troncos recios de encinas y álamos, que caían desplomados arrastrando un torbellino de ramajes y hojarasca.

Y el silencio campesino, gozoso de rumores suaves de vientos frescos del río en la enramada, se trocó por obra del hombre en siniestra amenaza de destrucción.

Poco tiempo duró la corta, hasta dejar limpio un calvero en el monte y un camino hacia sus laderas, donde se abrió una cantera de piedra recia de canchal. Y desde entonces todo fué griterío de arrastres, golpear duro de canteros y voces de mando en el solar abierto. Estaba naciendo la torre ancha y fornida. Sobre sus hondos cimientos cavados en la roca, crecía lentamente, piedra a piedra, con sus cuatro caras rasgadas por pequeñas troneras, hasta alcanzar los arcos rudos que sostenían el remate de sus almenas, agudos dientes clavados en el azul. Ya terminada, quedó incorporada al vasto encinar, rodeada de la fresca

fronda del soto, y resguardada por el rudo corpachón del Sanquilez del viento castellano y de los asaltos guerreros de los anchos campos del poniente.

Y ya, para siempre, marcó con su presencia bélica la fisonomía campesina del contorno, que resonó de galopadas y trompetería, donde antes sólo se oía el trino y el gozo del río en la frescura de la arboleda.

II

La carretera

Irradiaban los caminos desde la torre a la redonda, bajando hacia el río, cruzando el soto umbrío de follaje o subiendo serpenteantes a las cumbres de los cerros, sorteando las matas de carrasca, nidales de alimañas. Pero el del río, duro y ancho, hollado sin cesar por pisadas de hombres y caballos, era el Real, que llegaba hasta el mismo cauce, fácil de atravesar en el estiaje, casi sin agua, pero no tanto en las crecidas de la invernada, cuando los deshielos arrojaban un torrente ciego que arrasaba cuanto encontraba a su paso y entonces había de buscarse el vado, que

los caballos adivinaban al primer intento de cruzarlo.

Por este camino habían de llegar las primeras piedras del puente, de la misma cantera que las de la torre, ya morenas de sol y viento, de siglos.

Y otra vez se llenó el campo de vocerío de menestrales que arrastraban las piedras desde la ladera de Sanquilez hasta el río, y allí todo era golpear de canteros tallando arcos y esquinas que iban surgiendo lentamente de las aguas y del cascaval del ancho cauce, hasta cerrarse airoso en graciosos salientes, bien firmes sus pilastras enfiladas en agudos tajamares hacia la corriente y el lomo ligeramente arqueado para salvar el desnivel de los caminos que se unían en las orillas. Ya terminado, con el remate de sus antepechos apoyados en los entrantes y salientes, y sobre el del centro el frontón que conmemoraba la fecha de su construcción en el dieciocho, abría su ancha calzada a las distancias, que acercaba los pueblos, ya superada la época guerrera creadora de obstáculos defensivos en su forzado aislamiento.

Y por ella, como un curioso descubridor, pasó cabalgando brioso caballo, Gaspar Melchor de Jovellanos, lumbrera de su siglo, viva antorcha de la naciente cultura.

III

El tren

El tiempo, aliado del viento y el sol, iba mellando el firme corpachón de la torre, que empezaba a demolerse por las almenas. Ya sólo quedaban algunas, y no tardaron en desaparecer del todo, colocando en su lugar un humilde tejadillo que remataba domésticamente los airoso arcos guerreros de antaño. Así perdió el aire aguerrido de sus buenos tiempos bélicos y se transformó en refugio campesino de hacendados solariegos, con sus casas de labor construidas al arrimo de sus muros. Y otra vez renació, en el campo, la voz gozosa del pájaro en la tupida enramada del soto y en la clara y alta del encinar, ya reducido a las laderas y cumbres de los cerros.



Puente de piedra

La carretera no perturbaba esta paz reconquistada con el tránsito de sus carros y diligencias, que llegaban ruidosas de cascabeles a la entrada del puente, y se adentraban triunfantes bajo el alto túnel vegetal del soto, que hacía resonar frescamente el torbellino de ruedas y galopadas que se unían al vocerío de los mayores al subir la cuesta de la torre, hasta desaparecer por el altozano de Sanquilez con un eco cada vez más débil de su carrocería.

Así transcurría el tiempo campesino en ruedo monótono de estaciones, con sus trabajos y recolecciones, al buen sol del verano y al frío cierzo del invierno, y la tierra generosa dando abundantemente cuanto se sembraba o plantaba en su suelo, hollado ahora por la planta honrada del labrador.

Pero un día vino de la parte del río, aguas abajo, un rumor inusitado de tráfago que recordaba al último ocasionado en la construcción del puente de piedra, y ya no cesó el talar árboles que estorbaban al nuevo camino, y el martillear de los canteros en la peña viva que arrancaban del banco cercano. Era el ferrocarril, con sus railes y el puente de hierro para salvar el río y correr mayores distancias que la carretera. Todo fué a buen paso gracias a las máquinas que ayudaban al hombre en su tarea de abrir trincheras y allanar ribazos.

No tardó mucho en quedar terminado el puente con pilastras ovaladas de piedra sillar, que sostenían el armazón de hierro, sobre el que corrían los railes, alto y larguísimo, que dejaba boquiabiertos a los campesinos que lo miraban atónitos. El terraplén de tierra removida cortando el soto en dos y la caseta del guardavía en medio del encinar, alegre y sencilla como hogar labrador recién creado.

Y llegó el día esperado del paso del primer tren. Desde la mañana vestían de fiesta viejos y niños, que rondaban ansiosamente la entrada de puente por donde había de llegar. Se estremecieron ligeramente los carriles y se oyó un lejano fragor que se acercaba rápidamente, a tiempo que un agudo silbido de la locomotora anunciaba su entrada triunfal en el puente. Pasaba el convoy trepidante, y la máquina, ricamente empavesada, dejaba



Nuevo puente del ferrocarril

blanca humareda que quedaba enredada en la arboleda que orillaba la vía. Casi dió tiempo a la gente excitada por su paso a percibir el alegre aletear de los banderines multicolores al viento de la tarde y el brillo charolado de los coches como señoriales carrozas, llevando gente encopetada que casi paraba atención en el paraje. Por fin desapareció rauda, dejando una estela gozosa de admiración en el encinar y el soto que queaban ya pendientes de su paso cotidiano, que señalaría el horario del tiempo sin medida hasta la fecha. Y, en adelante, cada tren anunciaría su paso con un ruido suyo y se sabría desde lejos si era el de la mañana o el de la tarde, si era de viajeros o mercancías, y siempre dejando tras sí un cordial saludo de encuentro y despedida hasta el día siguiente.

Fué en una tarde canicular. El sol abrasaba las piedras de las pilastras y los hierros de la caja del puente. El terso cielo azul no tenía una nube y en la arboleda aletargada no se movía una hoja. Del suelo subía una vaharada ardiente que angustiaba hasta en la sombra, cerca del río. Ni un ruido ni una voz turbaban el ambiente encalmado.

De pronto se levantó un ventarrón abochornado que sacudió reciamente la arboleda, resonó en los hierros del puente y llegó hasta la torre

que aguantó impávida el furioso aletazo que hizo remontarse del alto cornijal una bandada de grajos, que huyeron graznando, aguas arriba del puente.

Siguió un silencio estremecedor, expectante, que anunciaba algo fatídico, y se oyó el lejano fragor del tren de la tarde que se acercaba rápidamente al puente, seguro de salvarlo valientemente. Sonó el retumbo del hierro a su entrada y, tras unos segundos eternos, un trueno roto de quebraduras metálicas y gritos, que repercutió horrísono en el campo, atravesado de parte a parte por la espantosa resonancia.

Y ya no cesó aquel angustioso clamor de auxilio, que sentían en sus entrañas los árboles y el río, incapaces de remediarlo con su sombra y sus aguas, que querrían hacer llegar hasta aquel mon-

tón de hierros candentes, clavados en carne humana, abrasado de sol.

Pronto llegó el auxilio de los hombres frenéticamente, mezclando a los gritos angustiosos, rotos bajo hierros y astillas, los suyos arrebatados de ansia de liberarlos; y lucharon denodadamente, con todas sus fuerzas, hasta lograrlo hora tras hora. Ya al anochecido fueron declinando paulatinamente las voces y, llegada la noche, sobrevino un silencio mortal, de tregua, ante la muerte.

* * *

¡ Campo de gozo eras, con tus frescas arboledas, el agua clara del río y la umbría del soto, y ahora y para siempre lo serás de dolor al recordar las horas mortales que se clavaron en tu tierra !



Sencillo monumento erigido con motivo de la construcción del puente de piedra, en el que figura la siguiente inscripción :

«REINANDO CARLOS IV, LA RL. SOCIEDAD DE LA RIOJA CASTELLANA 1794 ».

ESTAMPAS DE LA CATÁSTROFE

POR LUIS ARTACHO LAGUNILLA

SERÍAN sobre las cuatro de la tarde del caluroso día 27 de junio de 1903 cuando subía velozmente por la cuesta de la calle del Juego de Pelota, jadeante y sudorosa, con el rostro desecado, la «señá» Daría, la de Martín «el Tripa», y al llegar a la era de «la del cura» se puso a gritar estentóreamente, con todas las fuerzas que sus fatigados pulmones le permitían, resonando los ecos más allá de los Arrañales por un lado y hasta la Cueva-Alta, pasando por la era de la Lechuza, por otro.

—¡¡ Chachooos.... eeeh, Martín, Quico !!....
¡¡ Venide todos !!....

—Al oír el primero las voces, dejando la horca que tenía en sus manos, pausadamente, sin hacer gran caso a las apremiantes llamadas de su congénere, se fué aproximando, murmurando entre dientes :

—¡ Qué tripa se l'habrá roto a ista p'a venir a istas horas y con estas voces !

Cuando ya se hallaban a una distancia prudencial, sin mediar más explicaciones, de modo imperativo vociferó a Martín :

—¡ Déjate eso y toos a Montalbo !

—¿ Qui'has dicho ? ¿ A Montalbo...? ¿ Es que si'ha delantau San Roque o es qui'han hecho agoto en el Najerilla y quiés que vayamos a coger barbos ?

—Déjate de sosadas, que la cosa no es pa tomala a risa, q'es más seria de lo que paice. ¡ Menuda catástrofe ! ¡ Ha escarrilau el correo las tres, y ha caído por el Puente Montalbo y hay que dir ascape auxiliar a los heridos !

Ante tan funesta noticia el rostro del marido cambió de expresión, quedándose anonadado.

—¿ Has dicho, chacha ? ¿ Pero es verdá'iso, Daría ? Y volviéndose hacia los que estaban en las eras trillando la cebada, comenzó a vocearles :

—¡ Quicoo. ., Usebiooo..., enganchaide corriendo toos las mulas y dejaide la mies y la parva como estén, que hay que dir a Montalbo a galope !

Las imperativas llamadas de Martín concitaron a todos los hombres de las eras que, desolados,

llegaron junto al matrimonio y, ante las inquisitivas palabras de todos ellos, Daría explicó :

—Estaba cosiendo sacos en el portal a la fresca, cuando pasó Ninos sudando a ríos y con la lengua fuera, y casi sin poder hablar me dijo : «Daría, prepara cosas ascape, avisa a los que puedas qui'ha escarrilau el correo y s'ha caído por el puente Montalbo. Pero date prisa, porque aquello ha sido peor que lo del cólera, por los muertos qui'habido». Él, en seguida se puso a ichar bando por to'el pueblo y yo cogí una pieza de tela qui'había comprau pa la chica, p'hacele chambras y enaguas, que la pobr'hija está desnuda, y la estrocé en un voleo p'hacer vendas, hilos y lo que puá servir. Al pasar p'acá, mi entrau en la tienda de Fidel a comprar toos los bolaos qu'he podido y en la botica l'he pedido a D. Liborio guata, pero con muchos ajos mi'ha dicho que los médicos y él necesitan toa la que tiene y más pa los heridos, que ya estaba too preparau. Así que ya lo sabís; vamos a prisa pa llegar a tiempo di'hacer algo por esas pobres gentes.

Llenos todos de consternación bajaban con sus carros por la cuesta de la calle y, sin hacer caso al sol abrasador ni al cansancio, eniprendieron veloz carrera hacia Montalbo, esperando solamente breves instantes para coger colchones, sábanas, jarras, barriles y todos cuantos utensilios y objetos creyeron fueran necesarios.

Por Juanderas ya era una verdadera caravana de gentes la que se veía por la carretera, unos con carros, otros con tilburis, quiénes en burros y no pocos andando; más que andando, volando, corriendo todos de un modo desesperado. Parecía, sí, que iban a San Roque. ¡ Pero, qué distinto ! A San Roque se iba con alegría y se regresaba con más regocijo aún, pero en esta marcha sólo se oían comentarios de dolor, de consternación y tristes presagios, girando todo, naturalmente, alrededor del mismo tema, reflejando el pesar en sus rostros todo el vecindario, porque prácticamente todo el vecindario acudía.

Al llegar al lugar de la catástrofe, aquel espec-

táculo era espantoso, horrendo, tal que nadie podía ser capaz de describir lo que los atónitos ojos contemplaban. ¡Cómo es posible, Señor, que un paraje que solamente parece hecho por la naturaleza para solaz del hombre, para recreo de los sentidos, se convierta en breves instantes en un lugar de desolación, dolor y lágrimas teñidas de roja sangre! ¡Qué patéticas escenas se presenciaron! ¡De qué modo tan indeleble quedaron impresos en las retinas de los cenicerenses los trágicos momentos de aquel luctuoso siniestro!

Para cuando nuestros héroes llegaron ya había gran parte del vecindario que por allí se encontraba trabajando, cooperando en la humanitaria tarea con los médicos que, presurosos, habían acudido a prestar los auxilios de la ciencia.

Pasados los primeros momentos de estupor, todos se aprestaron a la trabajosa labor de extraer heridos y cadáveres, de apartar montones de astillas y retorcidos hierros que aprisionaban a gran parte de los desdichados heridos que atronaban el espacio con sus ayes y desgarradores lamentos.

Darí y su hija, una con una cesta llena de cosas y la otra con un repleto capazo, saltando por entre piedras, metiendo otras veces los pies en las aguas del río o apartando maderos, llegaron y se detuvieron ante un cuadro que ablandaba el corazón más encallecido: con los cabellos en desorden, el rostro cubierto de sangre, los vestidos hechos girones, yacía exánime, al parecer, una señora, y junto a ella, toda destrozada, una niña de unos seis años que, llorando amargamente, no cesaba de gritar: «¡Mamá, mamita, despierta, no me dejes solita!».

Al ver esta desgarradora escena, Darí agarró fuertemente la muñeca de su hija y, deteniéndola bruscamente, le dijo: «Esto es lo nuestro. Saca unos trapos y mójalos en el río pa limpiar la cara d'esta mujer». Y dirigiéndose con tierno ánimo a la niña, acariciándola, añadió: «No llores hijita. Tu madre pronto despertará y no te dejaremos sola, ni ella ni nosotras».

Mientras Valle cumplía la orden de su madre, al ver ésta que el médico D. Luis Martínez Olmos se hallaba próximo, lo llamó: «Oiga usted, D. Luis, haga el favor de venir, si puede, a ver si esta pobre mujer está muerta o viva».

Acercóse el buen señor, que tenía las manos teñidas de sangre de curar heridos y su rostro perlado de sudor, exploró a la herida: «No está muerta—dijo—; sufre una fuerte conmoción a causa de la gran herida que tiene en la cabeza y las contusiones consiguientes». Practicó una cura de urgencia, llegando Valle en este momento con los paños empapados en agua. Limpiaron el ros-

tro con amoroso cuidado, ayudaron al doctor en su labor y, una vez vendada, lavaron la cara de la niña que parecía la de un ángel acompañando a la Dolorosa. El médico se alejó presuroso en busca de nuevos heridos y Darí, dirigiéndose a su hija, le dijo: «¡Hala, Valle!» Visus las dos al camino del Soto. De paso, dile a'lguno que traiga el colchón del carro pa llevar a la madre d'esta en él, y pa casa con el recau».

Así lo hicieron. Acomodaron lo mejor posible a la más herida; junto a ella a su hijita, que se dejaba hacer y conducir dócilmente mirando a las dos mujeres con cara entre de temor y asombro. «No t'asustes maja—le decían—que nosotras os queremos mucho y vamos a curar a tu madre en casa».

Emprendieron las cuatro el camino de regreso a Cenicero, planteándoseles el dilema de que si corrían mucho, como deseaban por la urgencia, el traqueteo, no obstante el colchón, perjudicaba a la más grave, y si iban despacio eso les mortificaba, porque estaban deseando llegar pronto a casa para acomodar debidamente a las pacientes y, si era posible, regresar a prestar nuevos auxilios una de las dos.

Serían las diez de la noche del sexto día, a partir de aquel luctuoso 27 de junio, cuando el alguacil del Ayuntamiento acompañó a un señor hasta la casa de Martín. «Aquí es la casa, señor,—dijo el alguacil—ya perdonará usted que no me quede a acompañarle, pero que con estas cosas no vivo de trabajo. Tengo que dividirme día y noche».

La familia de Martín, que se hallaba en la cocina, oyó fuertes golpes en la puerta de la calle.

—Darí, paice que llaman aquí, echa el candil por la ventana a ver quién es, pues la luz de la calle l'han roto los mozos el día de San Juan.

Poniendo ella en acción la orden de su marido se asomó, a la vez que preguntaba: «¿Quién?».

—¿Vive aquí el señor Martín Rodríguez?

—Sí, señor. Aura bajo abrir.

Ante la puerta apareció un caballero bien portado, el cual preguntó si se hallaban allí una señora y una niña heridas. Contestó Darí afirmativamente a la vez que, con una seña le invitó a subir. Así lo hizo y saludando a Martín y a sus hijos que se hallaban en el rellano de la escalera, les indicó que deseaba ver a su esposa e hija, si es que, en efecto, eran ellas.

Mirusté, señor; la chiita está durmiendo ya como un tronco y es mejor que no la despierte. Y su madre, la pobre, aún no ha vuelto en sí, está mucho mala, la himos dau la Ucción, pero los médicos tién esperanzas y dicen qui'hay salir. Pase

usté con cuidau sin meter ruido a ver si son».

Así lo hizo el señor y, al reconocer a sus seres queridos, con ahogada congoja, unió su rostro al de su esposa bañándolo de lágrimas y a su hijita le dió un suave beso por no despertarla, pero tal vez esos efluvios magnéticos que en ocasiones desprende nuestro organismo impidió su propósito, y la niña se despertó inmediatamente exclamando: «¡Papá, papaito!», a la vez que le tendía sus bracitos para confundirse en amoroso abrazo, soltando ambos, torrentes de lágrimas. Martín y los suyos contemplaban la escena con recogida y silenciosa emoción.

Pasados estos primeros momentos, cuando los espíritus se fueron serenando, Valle visitó a la niña que se hallaba completamente bien, y pasando a la sala de la casa, habló así el caballero: Permítanme que me presente y les muestre toda la gratitud que mi corazón encierra, la cual, aun siendo inmensa, ¡es tan poca!...

Me llamo Jaime Bonet, soy comerciante de Barcelona y tenía a mi esposa e hija en Bilbao pasando una temporada. No me habían anunciado su regreso y, ayer a la mañana, en forma discreta, un amigo me informó de que entre las víctimas de tan horrible catástrofe se hallaban ellas. Inmediatamente me vine y en el pueblo he preguntado a las autoridades, han mirado los datos de dónde podría hallar a los míos— ¡qué horror, cuánta víctima!— y, acompañado por el alguacil he venido hasta aquí. Mi propósito es, una vez hallada mi familia, organizar el traslado, pues pasados los primeros momentos, todo esto supone una gran carga para ustedes.

Al oír Martín las palabras finales, tanto éste como Daría, a una y como movidos por un resorte, exclamaron confundiendo sus voces:

—¡Cómo! ¿Qué dice usted? ¿Que se las quíe llevar? ¿Que pa nosotros es una gabela?... ¿Sab'usté lo que se dice?... Mirusté, su mujer o su señora, que pal caso m'es lo mesmo, no pué moverse ni una uña de donde está. ¿Ande la iba a llevar usted estando como está la pobre? Y en cuanto a la hija, la Merceditas esa, tampoco sale di'aquí, porque yo opino que si su mujer vuelve, como ha'i volver, al ver que no está su hija, lo primero qui ha de pensar es que s'a muerto y, entonces sin más remedio, su mujer en vez de mejorar empiora. Y en cuanto a lo de las cargas, mirusté, déjese de sosadas porque aquí no hay ninguna carga. Esto si'hace porque si'hace, porque sale de dentro, y lo hace too el pueblo, y asunto concluído. Usted como acaba de llegar no lo sabe, pero ¿no tié usted que al no haber ya más heridos en el Hospital, si'han llenau las escuelas (que son

mucho güenas y capaces) de heridos y allí están día y noche las señoritas del pueblo cuidándolos lo mesmo que si serían de la familia?... Pues... ¿por qué no ha de querer usted que lo que too el pueblo hace lo hagamos también nosotros? ¡Di'aquí no salen ni su mujer ni su hija, «relogroño»!

—Bueno, miren, yo no he querido enojarles; su propósito es el más plausible y lleno de encomio que puede haber; sólo alabanzas inmensas merece; la generosidad, abnegación y espíritu de caridad que demuestran es altamente sublime; yo estoy profundamente agradecido y reconocido por todo ello. Pero, sin ánimo de ofenderles en nada, reconocerán que, por desgracia, yo también me he hecho cargo del estado de gravedad de mi esposa y, si Dios quiere salvármela, ha de costar mucho tiempo en recuperarse, y ello originaría muchos gastos, desvelos y trastornos y mi deseo sería compensar a ustedes económicamente, al menos, de todo ello, aportando el dinero preciso para los gastos, ya que la meritoria acción que voluntariamente llevan a cabo, jamás podrá pagarse con todo el oro del mundo. Además, mi amor y mi deber, mientras persista la gravedad de mi esposa, es el estar junto a los míos y esta necesidad, con lo que ustedes pretenden ¿cómo iba a poder ser?

—Mirusté, nosotros no somos de letras ni sabemos hablar, pero ya li'hi comprendido y aunque debía enfadarme con usted no m'enfado, pero sepa usted que nos ha sentau mucho mal el c'hable de gastos o no gastos, de si durará o no durará. Aquí lo prencipal es que su mujer se ponga pronto güena, como si'hay poner, y de lo endemás no hay más que hablar. Nosotros, como too el pueblo y sin que naide nos l'haiga dicho, corremos con todo muy de corazón: ¿No si'han querido llevar a Logroño a toos los heridos y el pueblo entero no l'ha consentido? Pues entonces... ¿Qui'usté se quíe quedar aquí a velar a su mujer, cosa natural? Pues se queda y asunto concluído, porque a Dios gracias tenemos un buen pasar, y a su mujer, en cuanto pueda, buenos caldos de polla, copas de supurau con yemas y too lo que l'haga falta no l'hay faltar. Y a usted güevos, güena chabetada de jamón, chorizao y buen chaparrazo de vino, qu'es el mejor de España, tampoco. Y en cuanto al cobrarle a usted aunque no fuera más qui un rial por todo, ya no sería caridad, ya no sería amor al prójimo; sería explotar al que sin comelo ni bebelo se ve como se ve. Aprovechase d'unas circunstancias como estas sería tener un corazón con pelos así de largos. Usted se queda en la otra cama de la alcobá con su mujer. La Merceditas, su hija, que duerma con la Valle y en cuanto a los chicos...

que duerman en la cuadra y si tien calor que se vayan a l'aira, que too s'arreglará, pues too s'arregla menos la muerte y, por desgracia... ¡tántas himos visto estos días!... ¡Si usté supía lo quiá sido esto!... Cenicero, que era el pueblo de más holgorio del mundo, está aura que paice un campo-santo; nadie se ríe, nadie canta, too el mundo con cara triste, toos hablando bajito, y eso qui'aquí... ¡cuidau que chillamos p'hablar! Pero nuestra tristeza, aunque por suerte, no nos ha tocau que lamentar a denguno del pueblo, es mucho grande y llevamos en nuestro corazón el dolor de toa España. ¡Qué sabusté lo qui ha sido esto, qué sabusté!...

—Bueno—cortó apremiante Daría—tu dices que las mujeres... pero cuando los hombres cogis la hebra... Al grano, D. Jaime; usté se queda aquí too el tiempo que haga falta como si estuviera en su casa y lo único que sentimos es que la casa no tenga la comodidá de la suya y que las comidas no sepa hacelas lo finas que usté esté acostumbrau, pero por lo demás, buena voluntá en too y aprecio no l'hai faltar.

—Sí, papá quédate, que tía Daría es tan buena como mamá, todos son buenísimos y nos quieren mucho. ¡Si tú supieras cómo cuidan a mamá día y noche, con qué cuidadito le hacen todo!... Qui-co y Felipe me llevan a la era y me monian en el trillo. También me llevan al regadío a comer cerezas. Valle me cuenta cuentos muy bonitos para que no esté triste... ¡Quédate, papá!

—¿Lo vusté? Hasta su hijita le pide que se quede, así que no hay más qui hablar. ¡Hala, Daría, prepara a D. Jaime cena y que s'acueste pronto, porque entre la intranquilidá, los disgustos y el viaje estará cansau.

Lleno de emoción el caballero exclamó: —¿En qué lugar del mundo puede haber almas y corazones como los que hay en este bendito Cenicero? En ninguno puede haber, por mucho que

se busque... Esto será una villa, pero Vds., sus hijos, no pueden ser «villanos»; un pueblo en el que todos sus hombres son espejo de caballeros y sus mujeres damas del mejor linaje, no puede por más tiempo ser una villa, hay que elevar a este pueblo a la altura y rango que la hidalguía de sus hijos merece y en su escudo debería colocarse un gran corazón de diamantes, no por su dureza ni mucho menos, sino por ser la gema más preciada por su pura belleza, nitidez y fulgurante esplendor, como así es el corazón de todos Vds. En medio de la terrible desgracia por la que pasamos tantos españoles, nos queda, al menos, el lenitivo y supremo consuelo de estar entre un pueblo que todo él es amor y misericordia, generosidad y abnegación.

La señora de D. Jaime, transcurridos unos meses de lucha tenaz contra la muerte al principio, y de larga convalecencia después, se repuso del todo, merced a los cuidados de la ciencia y atenciones constantes de la familia de Martín; celebraron espléndidamente el acontecimiento, emprendiendo seguidamente el viaje a Barcelona, si bien con alegría, a la par con honda tristeza por tener que abandonar a aquellos cenicerenses que, como tantos otros, en fin, como todos sus convecinos, les habían tratado tan pródiga, abnegada y desinteresadamente.

Como si las palabras que la noche de su llegada a Cenicero pronunció D. Jaime hubieran sido una profecía, en los primeros días de enero del año 1904, por Real Decreto de S. M. el Rey, como reconocimiento unánime de toda la nación, la villa de Cenicero era elevada al rango de Ciudad. Tan pronto como D. Jaime y familia tuvieron noticia de ello, enviaron espléndidos regalos a la familia de Martín y una expresiva y cariñosa carta de felicitación por el justo galardón que había recibido todo el pueblo...



LA RAZÓN DE SER CIUDAD

POR HONORIO FRÍAS

Difícil resulta describir como eres,
pues no hallo palabras de un valor capaz
que expresen y ensalcen tus grandes poderes
para, de la nada, llegar a Ciudad.

Eres como artista que, cual todo humano,
nace, vive y crece con lento compás,
mas dentro de su alma florece lozano
un algo que impera sobre lo demás.

Es un don divino que luego, en la Historia,
teje una corona de rico laurel,
don que, quien lo tiene, se cubre de gloria.
Don que no se compra. Se nace con él

Cuando eras un campo de pastos y flores,
ardientes cenizas formaban tu ser :
residuos de hogueras que varios pastores
hacían ufanos al anochecer.

Aquellos pastores y aquellas cenizas,
alma, nombre y vida supiéronte dar,
y hoy, tras largos siglos, vives y eternizas
las almas, el nombre y el mismo lugar.

Humildes y rudos eran tus creadores,
mas, en su rudeza y con su humildad,
brillaba en sus almas, con fuertes fulgores,
el don de amor puro, por la humanidad.

Junto al cenicero ¡cuántas noches cruentas
prestábanse ayuda mutua y ejemplar
contra los ataques de fieras hambrientas
que la paz y calma solían turbar !

Los fuertes al débil su apoyo prestaban
y unidos con lazos de fraternidad,
un pueblo fundaban en el cual sembraban
dos flores divinas : nobleza y bondad.

Pasaron los años, llegaste a ser villa
y un hecho glorioso coronó tu ser.
Era el justo fruto de aquella semilla
que, envuelta en tu seno, consiguió nacer.

Hace medio siglo que tu vecindario,
de espíritu noble, honró su heredad
y en un acto humano, fiel y hospitalario
con el «don» glorioso te elevó a Ciudad.

Así, Cenicero, lugar legendario,
has sido y así eres en la actualidad :
¡ benditos y honrosos sean tus poderes,
porque firme imperes en la eternidad !

Datos curiosos de los hechos acaecidos en Cenicero, en su último año de Villa y primero de Ciudad (1903 - 1904)

POR CÉSAR PASCUAL LAGUNILLA

EL Ayuntamiento existente en la fecha de la catástrofe estaba constituido en la siguiente forma: era su Alcalde D. Santiago Artacho y Artacho, y primer teniente de Alcalde, D. Francisco Montejo. El resto de la Corporación lo componían: D. Leoncio Narro, D. Melquiades Muga, D. Julián Ruiz de Azcárraga, D. Antonio Echevarría, D. Santos Solas y D. Venancio Maguregui, concejales. Secretario, D. Nemesio Iñiguez, y Alguacil, D. Clemente Bacigalupe.

—En el mes de febrero de dicho año, y por tenerse que someter a tratamiento de una afección a la vista, en Madrid, renunció a su cargo de Alcalde el Sr. Artacho, haciéndose por tanto titular del mismo el Sr. Montejo interinamente y mientras durara la curación, lo que sucedió el 27 de mayo, en que volvió a incorporarse a sus funciones, pero nuevamente solicitó permiso para ausentarse por la misma causa, y ello fué lo que motivó que estuviese en la Presidencia, durante la catástrofe, el Sr. Montejo.

—En el mes de diciembre habían de venir dos Padres misioneros de Bilbao, cuyos gastos sufragaría el Sr. Basterra afectado por desgracias familiares en la catástrofe.

—El reemplazo de 1903 constaba de veintiséis mozos. Descontados los alistados en otros Ayuntamientos, quedaron veintidós, de los que sobreviven actualmente, Ramón García Eguíluz, Julián Lagunilla, Blas del Campo, Crescencio Artacho, Félix Villanueva y Antonio Carasa y esperamos que lo hagan muchos años. Fué tallador D. Carlos Artacho, a presencia del teniente de la reserva D. Claudio Rodríguez.

—Fué proyectado por D. Felipe Lagunilla y otros vecinos cubrir con un arco la calle del Hospital, frente al solar de D. Manuel González, al objeto de construir el Casino, lo que fué protestado por algunos vecinos al Ayuntamiento, no prosperando la idea.

—Otro proyecto importante era un canal de riego, que tomaba las aguas del Najerilla y desembocaba en Buicio, regando gran parte de esta jurisdicción y las limítrofes de Uruñuela y Fuenmayor, y en cuya realización se interesaba el Sr. Diputado a Cortes por este distrito, D. Donato Gómez Trevijano.

—Desaparecidos por la catástrofe los cubos de incendios, el Ayuntamiento adquirió 36 al precio de 3'25 pts. cada uno.

—Fué aprobada la tasación de los peritos nombrados para valorar el terreno que en el «Cerrado» de la Marquesa se había de utilizar para Matadero, y la calleja de Santa Ana que se había de permutar, existiendo una diferencia a favor de aquél de 625 pts. Dió toda clase de facilidades para la permuta el Duque de Almenara Alta.

—Constituida la Sociedad «Fraternidad Venatoria», D. Liborio Cárcamo solicitó del Ayuntamiento gratificara a los que capturasen animales dañinos y los presentasen, a lo que aquél contestó no podía ser en aquel año, pero lo tendría presente en adelante.

—A recibir a S. M. el Rey acudieron a la capital una comisión formada por los Srs. Artacho, Montejo, Azcárraga, Narro, Solas, Muga e Iñiguez, Secretario.

—Las fiestas de Santa Daría se celebraron el día 3 de septiembre, y la de gracias, el día 4. Ambos días hubo corridas de vacas organizadas por D. Norberto González. La danza fué amenizada con dulzaina organizada por Vicente Zubiauz.

—Había sus más y sus menos entre el Ayuntamiento y la Compañía de electricidad «Buicio», por cuestión económica. Al fin, tras muchas idas y venidas, fué nombrada una Comisión compuesta por el Secretario y los Sres. Azcárraga, concejal, y Bujanda, que se trasladó al domicilio de la Compañía. Discutido el asunto, convinieron en la aprobación de los contratos de cuenta, fijación de plazos para satisfacerla, consignación de luces existentes (75) y que cada una nueva devengaría 30 pesetas anuales. Parte de lo atrasado se satisfaría en el mes de octubre de aquel año, y lo restante en trece trimestres. El contrato habría de durar 12 años, o sea desde 1.º de Julio de 1898 (en que se comenzó a suministrar fluido) hasta 30 de Junio de 1910. Del servicio de apagar y encender la luz se encargó a Norberto Barrios.

—De los primeros en llegar al puente de la catástrofe, fueron D. Eloy Lagunilla y D. Eusebio Pascual, que con un carricoche iban a Arenzana a comprar unas cubas de vino para D. Felipe Lagunilla. Al subir la cuesta de «Valdesalomón» oyeron

ron los gritos desaforados que daba un hombre que venía por la carretera de Torre-Montalbo medio agotado, pidiendo auxilio. A toda prisa dejaron su viaje y se dirigieron al puente, dedicándose inmediatamente a hacer viajes trayendo víctimas al pueblo.

—En el tren siniestrado no venía otro cenicerense que D. Pedro Avila, profesor de la Escuela de Ingenieros de Montes, el cual salió ileso. D. Felipe Lagunilla, que también había montado en él, se apeó en Haro al objeto de comprar unas mecedoras.

1904

—El Ayuntamiento celebró su sesión inaugural el 1.º de enero a las ocho de la mañana. Ocupó la presidencia interina D. Miguel Lagunilla San Martín y se procedió a la votación de cargos, que dió este resultado. Alcalde, D. Gabriel Artacho Ruiz de Azcárraga; primer Teniente de Alcalde, D. Francisco Montejo Acevedo; segundo id. D. Santos Solas; Regidor Síndico, D. Miguel Lagunilla; suplente, D. Liborio Martínez Zorrilla; Regidor Interventor, D. Melquiades Muga del Campo; primer Regidor, D. Antonio Echevarría S. Martín; segundo, D. Julián R. Azcárraga; tercero, D. Matías Chávarri Cortazar; cuarto, D. Pedro Villar Gomban.

—El cura ecónomo D. Gabriel Jiménez Escudero estaba encargado interinamente de la Parroquia.

—El reemplazo correspondiente comprendía 35 mozos. A él pertenecían Urbano Frías Santiago, Ubaldo Olavarrieta Franco y Pedro Cantón del Campo, que viven actualmente. Fué tallador D. Roque Ubagó Cordovín.

—El pueblo se aficionó al agua, según se deduce de la solicitud que varios vecinos hicieron a la Corporación Municipal para la colocación de un pistón de agua en la primera travesía de Caballeros; otra, suscrita por «Bodegas Riojanas» y varios vecinos, pretendiendo conducir una derivación de la fuente de Igate al punto llamado Rinconada de la Iglesia o a la terminación del puente; y otra más por los vecinos del Barranco Bajo, solicitando se les concediese igualmente un pistón de agua.

—Las arcas municipales atravesaban un período poco envidiable. Por ello se acordó que en las próximas fiestas, que serían los días 3 y 4 de septiembre, se restringiesen los gastos en lo posible. Por esa misma razón no se accedió tampoco a la propuesta del oficial de Telégrafos de Nájera, D. Enrique de la Rosa, para colocar un pararrayos en la Casa de la Villa, cobrando sólo el material, que ascendería a unas 175 pesetas, y se propuso la supresión del auxiliar de la Escuela de Niños.

—Estado deplorable debía de ofrecer el puente sobre el Barranco en la carretera Vieja del Estado, pues el Ayuntamiento encargó a los Sres. Solas, Martínez y Artacho lo examinasen urgentemente, y al maestro cantero D. Lorenzo Novalgos, la formación del presupuesto de reparación. A poco, el presidente de la Sociedad de Cosecheros, D. Alfonso Bujanda, solicitó poder llevar a cabo dicho

arreglo, así como el del camino del Valle y de otros, obras que se llevaban a cabo para dar trabajo a los jornaleros; a ello accedió el Ayuntamiento.

—D. Toribio Sáez Miranda solicitó dar dos corridas de vacas en Santa Daría, cuyos beneficios dedicaría al Santo Hospital. Los fuegos artificiales importaron 71,50 ptas.

—El Alcalde, D. Gabriel Artacho, propuso a la Corporación se solicitase el ingreso en la Orden Civil de Beneficencia de D. Victor Elío Fernandez Lacuesta por su laudable comportamiento en el lugar de la catástrofe y después de la misma en todo lo con ella relacionado, idea que la Corporación aprobó unánimemente.

—El presupuesto municipal del año fué de 13.815,33 pesetas.

—Una frase: el ilustre escritor aragonés D. Mariano de Cavia escribió en las columnas de su periódico, como homenaje a nuestra Ciudad: «Al pasar por Cenicero, hay que quitarse el sombrero».

—La vida del pueblo ofrecía, naturalmente, distinto aspecto de la actual. La Sociedad «La Fraternal», nacida de la idea de D. Felipe Lagunilla y el «Café de Parra» propiedad de D. Fernando Muga, daban cobijo al elemento masculino de entonces, y las aguardenterías de Iluminado Frías (donde hoy está la tienda del Alguacil) y de Juan Martínez (donde Flor el guarnicionero) servían, bien de madrugada o al atardecer, el «Orujo» a sus asiduos clientes, cuando aún no existían los modernos bares y tabernas de más o menos lujo.

—Estaba en su apogeo el famoso baile de «Goza» así llamado por la persona que lo tenía a su cargo y cuyas sesiones comenzaban a las tres de la tarde, aunque también se hacía pronto la recogida; allí danzaban los mozos y mozas de principio de siglo, al compás de las mazurcas que arrancaban a sus guitarras y bandurrias, Manuel Gómez, Avelino Ruiz, Manuel el Andalúz, Prudencio Benito, Roque Arocena (que era ciego) y otros. Estaba junto a la casa de Chinas, en el almacén de D. Benito Lagunilla.

—La banda de música estaba formada por su cuenta y era director Vicente Artacho. Algunos domingos por la tarde tocaba en el Salón de Gabriel Artacho, donde hoy viven sus hijos D. Bautista y Dña. Carolina. La banda actuaba los días que la contrataban, y así vemos que aquellos años recibió del Ayuntamiento 100 pesetas por amenizar las funciones de Santa Daría y 85 ptas. por las procesiones del Corpus y Octava. De los que en ella actuaban viven Eloy Lagunilla, Prudencio Benito, Laureano Marín y José Lasheras, éste en América.

—Entre las tiendas existentes estaban la de «Tambo», junto a la alpargatería de Cordón. Carnicería tenían Agustín Sáez (hoy de la «Chata») y Baltasar Sáez; más el popular Emilio, que vendía carne por las calles llevando el género en un carrito y dando las señales de llamada con un cornetín.

—El día de San Juan era costumbre bajar a merendar al Regadío, a donde también iba la banda de música, que tocaba en la Huerta del Hoyo, junto a la Central de la luz, y de allí, al anochecer,

subía, a los compases del «Celedón», acompañada de las cuadrillas y, dirigiéndose todos a la Plaza, continuaba la fiesta y el baile.

—No menos fiesta era el día de San Antón, que hoy pasa desapercibido. Desde primera hora de la mañana se daba comienzo a la festividad. Los hombres, con sus animales, se dirigían a la Pasada de las Monjas, donde se celebraban carreras, que se veían siempre muy animadas. Al regreso, en casa de Antonio Mena, se daba pan, «pescao» y «vino de la cubona»; después se iba a casa de Tornin, luego a la plaza a «dar las vueltas» y saludar a las autoridades; de nuevo a casa de Tornin y, de allí, a la Ermita a visitar a nuestra Patrona la Virgen del Valle y San Antón, cuya imagen se encuentra en uno de los altos de dicha Ermita.

A continuación había de nuevo carreras desde la Iglesia hasta el Cementerio, continuando la fiesta después de comer, hasta bien entrada la noche.

—Los mozos solían jugar en portales a las «caras» y a la «taba».

—Existía un solo velocípedo, construido por Carlos Puellas, padre de Pepe, del cual es reconstrucción o reproducción el que actualmente poseen los nietos de aquél, obra de éstos.

—La posada de Jiménez y la de Manuel Chavarri daban acomodo y buena mesa a los que en ellas se alojaban.

—Los viñedos habían quedado destrozados por la filoxera, y aquel año de 1904 se comenzó la repoblación, siendo de los primeros que solicitaron permiso al Gobierno Civil para la nueva plantación, D. Alfonso Bujanda, D. Felipe Lagunilla, D. Agustín Sáez, D. Miguel Lagunilla, Dña. Nieves Aldasoro, D. Crisantos Solar, la Sra. Viuda de Angulo, D. A. González y D. Enrique y Vicente Lagunilla.

—D. Eustaquio Hernández, padre de Flor, el guarnicionero, era el encargado de correos; iba a la estación del ferrocarril, hacía dos apartados y el reparto y aún iba a Torre-Montalbo a llevar y recoger la correspondencia.

—El Registro Civil efectuó las siguientes inscripciones; En 1903: nacimientos, 115; defunciones, 67, más las 43 de la catástrofe, que hacen un total de 110; matrimonios 21; de ellos viven D. Claudio Larrocha Pérez y Dña. María Benito Sáenz;

D. Tomás Tobalina Boraita y Dña. Ignacia Mariñez Ruiz; D. Eugenio Pérez Sáez y Dña. María Paz Ribera Acevedo; D. Benito Lagunilla Artacho y Dña. Genoveva Solar Frías.

En 1904: nacimientos, 107; defunciones, 65 y matrimonios 20, de los cuales viven: D. Eloy Lagunilla Rodríguez y Dña. María Angulo Frías; D. Agapito Mena Sáez y Dña. Julia Pérez Sáez; D. Prudencio Benito Díaz y Dña. Enriqueta Sáez Valdivielso.

—Era Juez Municipal en 1903 D. Francisco Verde Rodríguez, hasta agosto, en que entró D. Ignacio Bazán. Secretario de Juzgado, D. Eustaquio Hernández. En 1904 seguía de Juez D. Ignacio Bazán, siendo Secretario D. Elías de Pablo, hasta mayo, en que entró D. Francisco Varea.

Pescadería tenía la señora Benita, abuela de Enrique Tricio el músico, en donde actualmente está la Caja de Ahorros de Aragón y Rioja y que luego fué de la señora Obdulia. Vendía también pescados en puesto ambulante la señora Agustina Otero.

La carnicería estaba instalada en la casa de D. Eloy Lagunilla y era su propietario Roque Jiménez, abuelo del Agente Comercial Adolfo. Hornos de pan había en el actual salón de baile de la Sociedad Unión Juventud, en la Casa Grande y en el hoy irujal de D. Eloy Lagunilla.

El matadero estaba en casa de «Parra». Donde hoy tiene su tienda «la Agustina» era entonces de D. Francisco Varea y en su casa Sabina Lagunilla, que actualmente ocupa Pedro García.

Otra tienda de ultramarinos era la de D. Felipe Lagunilla en la actual casa de sus hijos y en la cual se suministraron alimentos gratis toda la noche de la catástrofe a cuantos forasteros llegaban.

Era Jefe de la estación de f. c. D. Santos Silanes, y Practicante D. Francisco Ruiz, al que sucedió D. Felipe Pérez, que lo era entonces de Hormilleja, asistiendo a los heridos en el puente de Torre-Montalbo.

Los carros con sus largas reatas de caballerías, verificaban el transporte y el Sr. Puellas era el constructor de los mismos. (Datos facilitados por D. Eloy Lagunilla, D. Julián Lagunilla y D. Avelino Ruiz, este último fallecido antes de ver la luz este cuaderno).



Correspondencia oficial

Gobierno Civil de la Provincia de Logroño.—Negociado 3.º—N.º 1180.

Sírvase V., con la urgencia posible, remitir relación detallada de los heridos que existen en ésta y de los muertos identificados y los que puedan identificarse.—Dios guarde a V. muchos años.—Logroño, 29 de Junio de 1903.

Gobierno Civil de la Provincia de Logroño.—Negociado 4.º—N.º 459.

El Sr. Vicepresidente de la Comisión provincial, en 16 del actual, me dice lo que sigue :

« Esta Corporación, en nombre y representación de la Diputación provincial, profundamente emocionada ante la magnitud de la catástrofe ocurrida en el puente de Torre - Montalbo el día 27 de Junio último, agradece en el alma cuanto por amenazar los efectos de aquélla ha hecho el heroico y caritativo pueblo de Cenicero, e interpretando fielmente los sentimientos de la Provincia entera, la misma, en sesión celebrada el día 14 del actual, acordó consignar en acta su profundo agrado por aquel comportamiento humanitario, y comunicarlo así al Ayuntamiento de aquella Villa, para que sirva, ya que no de recompensa a sus eminentes servicios, al menos de recuerdo a los caritativos vecinos de dicha Villa, que sin distinción de sexos y edades, se apresuraron a prestar toda clase de auxilios y cuidados a las infinitas víctimas de esta hecatombe horrorosa ».

Lo que comunico a V. para su conocimiento y el de su Ayuntamiento y vecindario.—Dios guarde a V. muchos años.—Logroño, 18 de Julio de 1903.

Gobierno Civil de la Provincia de Logroño.—Negociado 4.º—N.º 43.

El Sr. Vicepresidente de la Comisión Provincial, en fecha 23 del actual, me dice: « En la Gaceta de Madrid, correspondiente al día 20 del actual, se publica un Real Decreto por el que S. M. el Rey, deseando dar testimonio público de su Real aprecio a la Villa de Cenicero con motivo del humanitario proceder de sus habitantes en la catástrofe del puente de Torre-Montalbo, ocurrida el día 27 de Junio del año próximo pasado, le concede el título de Ciudad.—Los pueblos que, cual el de Cenicero, practican la hermosa virtud de la caridad en la forma que aquél lo realizó, haciendo que sus nobles y humanitarios servicios llegaran hasta las gradas del Trono, además de honrarse a sí mismos, honran a la Patria y a la Provincia.—La Comisión provincial, en nombre de la Diputación que no ejerce funciones permanentes y como representante genuina de la provincia, no puede menos de demostrar su agradecimiento por lo alto en que ha colocado el nombre de la Rioja entera la nueva Ciudad de Cenicero y, en este sentido, interpretando fielmente los sentimientos de la provincia, acordó en sesión extraordinaria celebrada en el día de hoy, felicitar a su Ayuntamiento y vecindario en general, por la hermosa distinción de que ha sido objeto »—Lo que traslado a V. para su conocimiento y el del Ayuntamiento que preside.—Dios guarde a V. muchos años.—Logroño, 25 de Enero de 1904.—El Gobernador interino, *Tirso Alonso*.

Gobierno Civil de la provincia de Logroño. — Negociado 4.º—N.º 187.

Enterado de su atenta comunicación, en la cual me da conocimiento del acuerdo del Ayuntamiento, invitándome para asistir a los funerales que por el eterno descanso de las víctimas de la catástrofe de Torre - Montalbo se han de celebrar en esa ciudad el día 27 del corriente, he de significarle que, aunque mis deseos son grandes para contribuir a tan solemne acto, no me es posible asistir debido a las múltiples ocupaciones de mi cargo, delegando mi representación en el Sr. Secretario de este Gobierno, D. Gerardo Gavilanes, quedando en avisarle oportunamente su salida para ésa. — Lo que comunico a V. para su conocimiento y el de esa Corporación Municipal. — Dios guarde a V. muchos años. — Logroño, 23 de Junio de 1904.

SESIONES DEL AYUNTAMIENTO

(Transcripción de las actas correspondientes a las mismas)

Sesión extraordinaria de 3 Julio de 1903. Concurrentes: Sres. Azcárraga, Narro, Solas, Muga, Maguregui, Echevarría, Presidente.

En la villa de Cenicero, a tres de Julio de mil novecientos tres, previa convocatoria y bajo la presidencia del Sr. Alcalde en funciones D. Francisco Montejo, se reunieron en la Sala Consistorial los Sres. Concejales que al margen se expresan, con objeto de celebrar sesión extraordinaria.

Abierta la sesión, expuso el Presidente que el objeto de la sesión no era otro que tratar sobre lo que tiene relación con la catástrofe ferroviaria ocurrida en el puente sobre el Najerilla y en esta jurisdicción.

Enterados los Sres. Concejales, acordaron conste en acta el sentimiento profundo de los mismos y su satisfacción por las frases laudatorias que el mundo entero dedica a este heroico y humanitario pueblo.

El Sr. Alcalde dió cuenta de todo lo que había hecho con motivo de este suceso, acordando aprobar todas sus providencias y consignar un voto de gracias por su acertada gestión.

A propuesta del Sr. Presidente se acordó publicar una alocución al vecindario, dándole las gracias por su generoso y desinteresado comportamiento.

Dada cuenta de haber remitido la Sra. Marquesa de Esquilache 500 pesetas para atender a las necesidades de la catástrofe, y toda vez que el Sr. Alcalde le ha dado las gracias, se acordó hacer constar el agradecimiento de la Corporación por rasgo tan generoso.

Explicado por la Presidencia el digno proceder del Ayuntamiento de la Capital y los desinteresados ofrecimientos de los de Santo Domingo y Fuenmayor, se acordó que se consigne queda altamente reconocido del primero y se dan las gracias a los otros dos. También se acordó se den las gracias a D. Gabriel Artacho, por sus trabajos en el Cementerio y se le gratifiquen los servicios que viene realizando en dicho lugar. — Y no teniendo más asuntos que tratar, se levanta la sesión, que firman los Sres. Concejales de que certifico. — *Nemesio Iñiguez*, Secretario.

Sesión supletoria a la ordinaria del día 5 de Julio. — Concurrentes: Señores Azcárraga, Narro, Muga, Solas, Echevarría, Presidente.

En la villa de Cenicero, a siete de Julio de mil novecientos tres, previa convocatoria y bajo la presidencia del Sr. Alcalde en funciones D. Francisco Montejo, se reunieron en la Sala Consistorial los Sres. Concejales que al margen se expresan,

con objeto de celebrar la sesión supletoria a la ordinaria del día cinco, que no tuvo efecto. Abierta y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

Dada cuenta por la Presidencia de haber señalado el Sr. Párroco el día 8 del corriente, para la celebración de los funerales por las víctimas de la catástrofe, se acordó acudir en corporación; rogar se enluten los balcones y se invite a las Autoridades de la Capital.

Vista la lista de jornales empleados en el Cementerio con motivo de la catástrofe, se acordó se pague a 5 pesetas a los que cogían a los cadáveres, y 3 a los que abrían fosa.

Y no teniendo—*Nemesio Iñiguez*, Secretario.

Sesión ordinaria de 12 de Julio. — Con-
currentes : Sres. Azcárraga, Narro,
Solas, Echevarría.

Vistas las comisiones laudatorias de los Ayuntamientos de Sitges, Haro, Bilbao, Santoña y Sestao, se acordó haberlas visto con agrado y se les den las gracias. Igualmente se acordó se den las gracias al de Fuenmayor, por el donativo de la corona dedicada a las víctimas.

Vista la carta de la Compañía del Norte lamentando la catástrofe, asociándose al duelo y dando las gracias al pueblo por sus servicios, se acordó haberla visto con agrado y, atendiendo a su petición, hacer constar que se unía al duelo general.

Sesión ordinaria de 26 de Julio.

Visto el oficio del Sr. Gobernador trasladando el acuerdo de la Comisión provincial, dando las gracias en nombre de la provincia por el proceder de este vecindario en la catástrofe ferroviaria, se acordó hacer constar el agrado de la Corporación y se conteste queda reconocida.

Quedan enterados de que la suscripción para las víctimas se cierra el 31 del actual.

Sesión supletoria a la ordinaria de 2
de Agosto.

Se acordó se den las gracias al Ayuntamiento de Viana por su asociación al sentimiento de la catástrofe.

Sesión supletoria del día 11 de
Agosto.

Vista la carta de la Asociación de Viajantes de Barcelona felicitando al Ayuntamiento y vecindario por lo hecho con motivo de la catástrofe ferroviaria, se acordó se le den las más expresivas gracias.

Quedan enterados de haber dispuesto el Sr. Gobernador se distribuya entre los pobres el dinero de la suscripción.

El Sr. Presidente expuso que aunque había estado ausente cuando el descarriamiento ocurrido el veintisiete de junio, se había enterado de lo mucho que hicieron tanto el Ayuntamiento, Autoridades, Señoras de la Caridad y otras que cuidaron a los heridos, Médicos y vecindario en general. Que admirado de esta conducta, y aunque el Sr. Montejo ya les había felicitado por medio de alocuciones, deseaba darles las gracias por medio de oficio si al Ayuntamiento parecía conveniente y, además, hacer constar en acta el agradecimiento a sus compañeros de Corporación.

Enterados los Sres. Concejales, se mostraron conformes con el pensamiento del Sr. Presidente, acordando haber visto con agrado el voto de gracias a sus compañeros.

Sesión ordinaria de 27 de Septiembre.

Vista la carta del Inspector de ferrocarriles participando ha sido aprobada la cuenta de los gastos ocasionados con motivo de la catástrofe ferroviaria del 27 de Julio y notando hay errores en la cifra, se acordó pedir su rectificación.

Sesión extraordinaria de 23 de Enero
de 1904.

En la ciudad de Cenicero, a veintitrés de Enero de mil novecientos cuatro, y previa convocatoria al efecto, se reunieron los Sres. Concejales que abajo firman, bajo la presidencia del Sr. Alcalde D. Gabriel Artacho Ruiz de Azcárraga, al objeto de celebrar la sesión extraordinaria de este día, para que fueron convocados con las formalidades de la Ley. Se dió cuenta de la anterior que fué aprobada.

Abierta la sesión, el Sr. Presidente dió cuenta a sus compañeros de una carta del Diputado a Cortes por este distrito D. Donato Gómez Trevijano, de fecha diecinueve de los corrientes, en la que participa al pueblo todo, en la persona de su Alcalde y representación del Ayuntamiento, haber sido firmado por S. M. el Rey (q. D. g.) el Real Decreto concediendo el título de Ciudad a esta Villa y dándonos, con este motivo, la enhorabuena por este nuevo título que añadir a los muchos que esta villa posee, título que ha sido ganado por el heroísmo, cultura y abnegación de todos sus habitantes, el cual podrá recordar, en todo tiempo, la triste fecha de veintisiete de Junio del año próximo pasado de mil novecientos tres, en que ocurrió la catástrofe del puente de Torre-Montalbo sobre el río Najerilla. La Corporación vió con gusto y satisfacción estas manifestaciones, y agradecida completamente a los desvelos, constancias e interés demostrados con tal objeto por dicho Sr. Gómez Trevijano, hasta conseguir una recompensa para esta Villa, como así ha sucedido, los tendrá en cuenta siempre y acordó por unanimidad dar las más expresivas gracias en su nombre y en el del pueblo en general a quien representan, por su interés en el asunto de que se trata, aun cuando haciendo constar públicamente que este pueblo nada ha pedido y que no hizo más que cumplir con su deber de humanitarismo en aquel triste suceso, cosa a que de antiguo está acostumbrada esta Villa.

Asimismo se dió cuenta de otras dos cartas muy atentas del Excmo. Sr. Marqués de Reinosa, Senador del Reino por esta provincia: una, acompañada de un B. L. M. del Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación, en la que participa haber sido firmado por S. M. el Rey (q. D. g.) el Real Decreto concediendo a esta Villa el título de Ciudad, felicitando con tal motivo al Ayuntamiento y al pueblo en general por título tan justamente merecido, y ofreciéndose incondicionalmente para todos cuantos asuntos redunden, tanto en favor de este pueblo como en el de los demás de esta provincia, a la cual representa; y otra, acompañada del Real Decreto de referencia, concediendo a esta Villa dicho título de Ciudad, por los indisputables servicios prestados y méritos que tiene para ella con motivo de la catástrofe de Torre - Montalbo. El Ayuntamiento, nuevamente agradecido del interés demostrado por dicho Sr. Marqués de Reinosa en favor de esta villa, acordó por unanimidad darle las más expresivas gracias y declarar que quedará grabado en la memoria de esta nueva Ciudad el nombre del referido Sr. Marqués.

También se dió cuenta de otra carta del agente de este Ayuntamiento en la capital, D. Guillermo Moreno y Mateo, y del Secretario del Ayuntamiento de Matute, D. Pedro Antonio López, felicitando al pueblo en la persona de su Alcalde por el título de Ciudad concedido a esta Villa, acordando darles las más expresivas gracias.

Se dió cuenta igualmente de una comunicación del Sr. Gobernador Civil trasladando el Real Decreto, por el que se concede el título de ciudad a esta Villa, acordando contestarle, a fin de que, si en ello no tiene inconveniente, llegue a conocimiento de S. M. el Rey (q. D. g.) el agradecimiento de este Ayuntamiento hasta las gradas del Trono.

Y no teniendo más asuntos que tratar, se dió por terminado el acto, firmando todos los Sres. concejales, de que yo el Secretario certifico.

Gabriel Artacho, Matías Chávarri, Julián R. Azcárraga, Santos Solas, Antonio Echevarría, Liborio Martínez Zorrilla, Juan Gutiérrez, Secretario.

Sesión supletoria del día 5 de Julio de
1904, a la ordinaria del día 3.

El Sr. Presidente propone igualmente que, haciéndose eco de la pública opinión de esta Ciudad y de la Provincia, expresada de una manera particular y espontánea al celebrarse en esta Parroquia los sufragios de aniversario por el eterno descanso de las víctimas de la catástrofe ferroviaria de Torre-Montalbo, hacia el Sr. D. Ramón Carrera y Fernández, Juez Especial que instruyó dicho proceso, cuyo funcionario tanto enaltecó su nombre, prestando distinguidos servicios a la causa de las víctimas y de la justicia, que son conocidos en España, desea que la Corporación Municipal que preside, correspondiendo a la gratitud que se debe a dicho funcionario y a la simpatía que sus actos merecen, acuerde elevar una moción al Gobierno, suplicando que, a imitación de esta ciudad y funcionarios que han sido recompensados por otros servicios en el siniestro ferroviario, se le otorgue la recompensa debida a sus altos merecimientos. Conforme en un todo el Ayuntamiento con lo propuesto por el Sr. Alcalde Presidente, acuerda por unanimidad. Primero: Hacer constar, como así lo hacen, el reconocimiento de esta Ciudad, y enviar a la vez su más entusiasta felicitación al Sr. Juez especial, D. Ramón Carreras y Fernández por sus distinguidos servicios en la instrucción del proceso de que se hace mérito, cuyos trabajos ha llevado a feliz término, según se ha publicado en la prensa diaria. Segundo: Elevar este deseo y justa aspiración de esta Ciudad al Excmo. Sr. Ministro de Gracia y Justicia, para que en uso de las facultades que le están conferidas, se otorgue al mencionado funcionario la debida recompensa a los merecimientos contraídos por el mismo, excediéndose de lo ordinario en el cumplimiento de sus deberes, lo que constituye una verdadera honra para la Magistratura española. Y tercero: Comunicar este acuerdo al interesado para su satisfacción.

Gabriel Artacho, Liborio Martínez, Francisco Montejo, Julián R. Azcárraga, Santos Solas, Pedro Villar, Juan Gutiérrez, Secretario.



Defunciones inscriptas en el Registro Civil con motivo de la catástrofe del 27 de Junio de 1903

Libro 33. Juez : Santiago Verde Rodríguez. Secretario : Eustaquio Hernández.

Día de las inscripciones : 30 de Junio. Testigos : D. Nemesio Iñiguez y D. Clemente Bacigalupe. Secretario y Alguacil, respectivamente del Ayuntamiento. *Folios 22 al 65, ambos inclusive.*

Folios	Nombre y apellidos	Natural	Edad	Ocupación	Residencia
22	Eulogio Mandara Lacalle.	Morotín (Navarra).	60	Propietario.	Viana
23	Rufino Ereñaga Guerediaga.	Juraceta íd.	41	Carpintero.	Durango
24	Teodoro Maeztu Galarza.	Oyón (Alava)	33	Jornalero.	Oyón
25	José Oraín Beristeaín.	Portugalete (Vizcaya).	26	Maquinista naval.	Portugalete
26	Constancia Urizar de Oraín.	Id. íd.	25	s. s.	Id.
27	Laureana Ortiz, Vda. de Basterra	Gordejuela íd.	60	Propietaria.	Bilbao
28	Eusebia Olaverria Olivanes.	Villaro íd.	55	s. s.	Lequeitio
30	Antonto Ausejo Campos.	Alberite (Logroño).	60	Propietario.	Alberite
31	Feliciana Ortiz de Zárate.	Logroño.	61	s. s.	Bilbao
32	Angel Muro Ortiz de Zárate.	Id.	28	Relojero.	Id.
33	Francisco Puente Fernández.	Valdelafuente (León).	43	Cochero.	Vitoria
34	Ricardo Marín Escribano.	Alfaro (Logroño).	30	Ferroviano.	Miranda
35	Damiana Azpiazu Navarro.	Bilbao.	29	s. s.	Bilbao
36	Julián Zabala y Campo.	Peralta (Navarra).	45	Guardafreno.	Id.
37	José Jiallega López.	Biducira (Lugo).	46	Industrial.	Biducira
38	Vicente Oñate y Ruiz de Ocenda.	Labastida (Alava).	30	Cura ecónomo.	El Villar
39	Maximino Naya Murguía.	Lanciego íd.	40	Obrero.	Vitoria
40	María Díez Arroyuelo.	Santa M. ^a Rivarredonda.	44	s. s.	Fuenmayor
41	Manuel Ugarte Blanco.	Zaragoza.	30	Mozo tren.	Zaragoza
42	Román Trifol Salazar.	Briones (Logroño).	42	Empleado.	Logroño
43	Antonio Alegría Palacios.	Elciego (Alava).	40	Administrador.	Elciego
44	Francisco Yanguas Jiménez.	Madrid.	45	Escribiente.	Madrid
45	Angel Zaro Casanova.	Borja (Zaragoza).	26	Empleado Correos	Zaragoza
46	Manuela Masshuera Mateo.	Sariñena (Huesca).	26	s. s.	León
47	Pilar Díez Masshuera.	Zaragoza.	3		Id.
48	Mauricio Collado Martínez.	Enciso (Logroño).	21	Comerciante.	Valladolid
49	Benigno Villanueva Aransay.	Santurde íd.	37		Ezcaray
50	Enrique Hostendi y Colveras.	Barcelona.	15	Del Comercio.	
51	Andresa Ruiz y Zuero.	Tarazona (Zaragoza).	26		
52	Juan Pérez López.	Valgañón (Logroño).	61	Fabricante.	Valgañón
53	Francisco Landaluce Vega.	Miranda de Ebro.	21	Fogonero.	Miranda
54	Agustín Bendito Castrillo.	Cubillas de Sta. Marta (Burgos).	45	Inspector Policía.	Logroño
55	Evaristo Barrios Fernández.	Saquera (Orense).	26	Guardia Civil.	Id.
56	Regino Martín Calvo.	Ponferrada (León).	25	Id. íd.	Id.
57	Ricardo Vázquez Grande.	Purtes (Orense).	28	Id. íd.	Id.
58	Juan Beltrán Roig.	Sitges (Barcelona).	33	Del Comercio.	Sitges
59	Benito González Vázquez.	S. Miguel de Villarmano (Lugo).	38	Jornalero.	
60	Antonio Cuéllar Anoria.	Campillos (Málaga).	48	Del Comercio.	Santiago Cuba
61	Froilán López López.	Sta. María de Mosteiro (Lugo).	34	Id. íd.	Id. íd.
62	Pelegrín Roses Ferrer.	Sitges (Barcelona).	22	Id. íd.	Id. íd.
63	José M. ^a Díez Díez.	Barcelona.	2	Meses.	
64	José González Yáñez.	Santa María de Monteiro.	26	Jornalero.	Lugo
65	Sin identificación.	Unos 50 años con extensas heridas en la cabeza que le desfiguran totalmente.			



ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA
EN LOS TALLERES DE « IMPRENTA MODERNA »,
DE LOGROÑO, EL DÍA DE LA NATIVIDAD
DEL SEÑOR, DEL AÑO 1954, EN CONME-
MORACIÓN DEL CINCUENTENARIO
DE LA CATÁSTROFE FERRO-
VIARIA DEL PUENTE DE
TORRE-MONTALBO

*

R
10960

Biblioteca de La Rioja



10000379599

PRECIO : 30 PESETAS